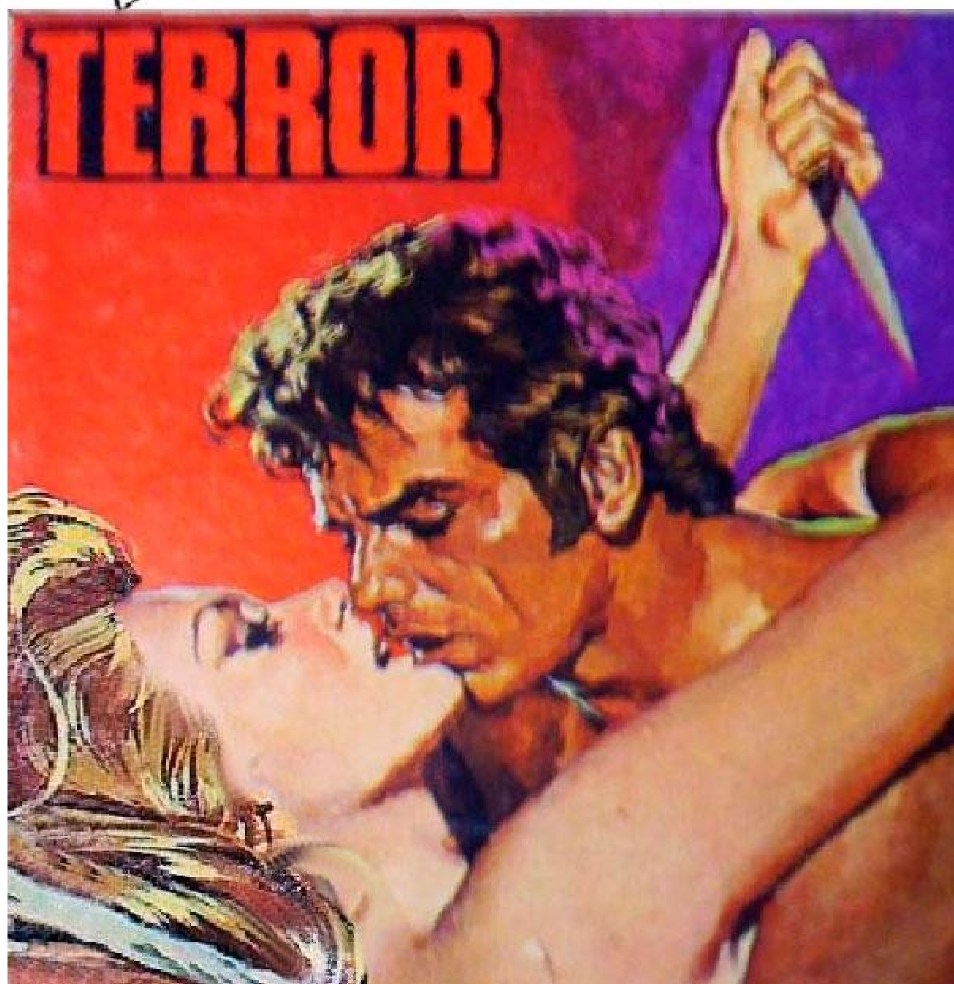
ESCALOFRÍOS
TERROR

RALPH BARBY

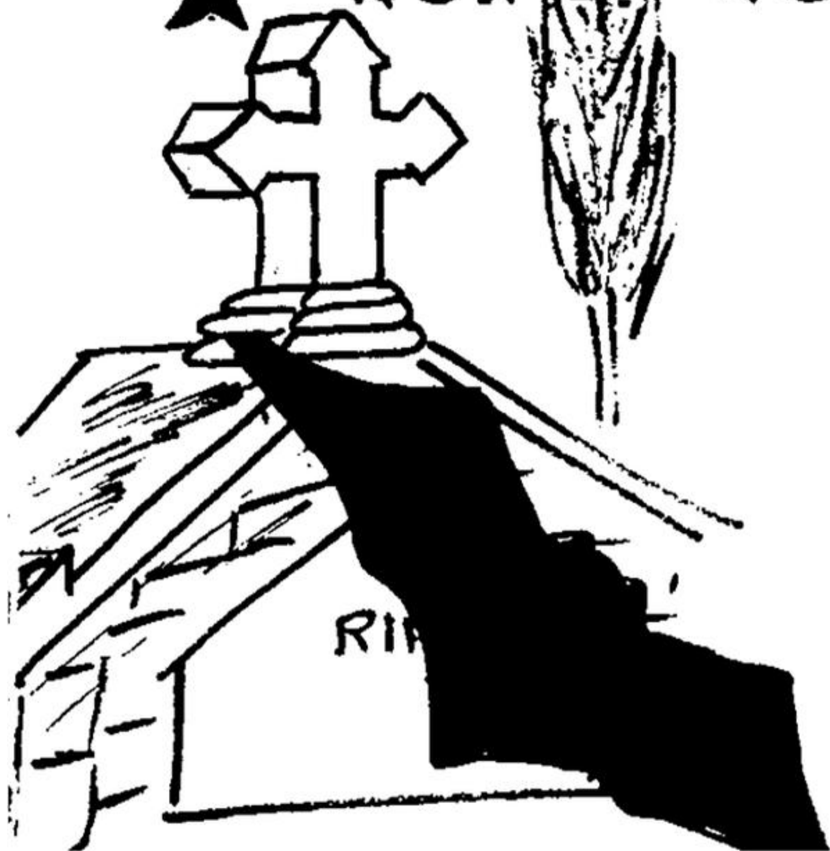
25

EL ESTANQUE



escalofríos de

TERROR



RALPH BARBY

EL ESTANQUE

Colección
ESCALOFRÍOS TERROR N.° 25

Ediciones Olimpic S.L.
Apdo. Correos, 9428
08080 – Barcelona

ISBN: 84-7750-069-X
Depósito Legal: M 35317-1988

1ª edición: octubre, 1988

Fotocomposición LOSER, S.A.
Puerto Príncipe 24.
08027 - Barcelona

Imprime LIFUSA
Esplugues - Llob

Distribuye R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca - Sector B
C/B nº2 11.
0804 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

El barco de pesca apenas se movía sobre las aguas atlánticas, se podía decir que había calma chicha. El cielo, nuboso, amenazaba tormenta; sin embargo, las nubes se desgarraban a trechos, como abriendo ventanas para mirar al cielo y poder ver las estrellas.

La noche no era precisamente oscura. Detrás de las nubes se ocultaba un hermoso plenilunio que sólo los marinos de altura podrían llegar a ver. La luna, grande y totalmente redonda, rebosante de luz blanca y fría, luz de plata, sobrecogía a más de un bragado marino, porque aquellos plenilunios parecían servir para dejar patente al orgulloso y arrogante habitante del planeta Tierra su insignificancia, su maldita y mezquina insignificancia.

—Capitán…

—Hum —gruñó detrás de la cachimba el viejo lobo de mar español.

El marino sabía que su capitán de pesca le escuchaba, era su peculiar forma de responder, así ahorraba palabras.

—Aquí no hay pesca, no vamos a coger nada.

—Ya lo sé —respondió quitándose la pipa de la boca y mirando a las aguas que apenas brillaban, pero que irradiaban una extraña luminosidad proveniente de la luna que no se veía.

Cuando el satélite terrestre quedara al descubierto entre aquellas nubes que aquí y allá se rasgaban como ropa vieja, las aguas brillarían.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí, capitán, si no hay pesca?

—Coño, cállale de una vez. ¿Es que todavía no te has enterado de que quien paga manda?

—Sí, eso hace mucho que lo aprendí, pero ¿para qué puñetas querrá ese tipo que tendamos aquí nuestras redes?

—Él sabrá. Nos ha fletado el barco y nos paga como si tuviéramos la bodega llena de pescado y del mejor, es como zarpar con la garantía de pesca segura y al completo. Si no pescamos nada, a mí no me importa, es cosa suya; ya hemos cobrado y todos cobraréis como en los mejores días de pesca y no andan las cosas muy bien últimamente con la ley de las doscientas millas, sólo sufrimos apresamientos, confiscaciones, multas. ¿Cómo iba a despreciar un encargo de esta clase?

—¿Seguro que le ha pagado, capitán? Para mí que ese fulano está loco.

—Pienso lo mismo, pero ya he cobrado antes de hacemos a la mar.

—¿Y ahora qué? ¿Estaremos con las redes echadas hasta el amanecer?

—Sí.

—¿Y después?

—Viraremos ciento diez grados y a casa.

El marino pescador soltó una corta pero fuerte carcajada.

—Cuando lleguemos a puerto y vean que no llevamos nada en la bodega, va a haber de todo, lloros de la parienta y risas en la taberna.

En un camarote, habilitado expresamente para el enigmático pasajero que contratara el pesquero para aquella travesía, había luz, una luz que iluminaba extraños y antiguos mapas en los que se mezclaban las estrellas, los planetas y signos jeroglíficos que los ojos redondos y fríos como bolitas de hielo escrutaban. Había allí tres relojes y dos libros con encuadernación en cuero y hojas de papiro que, de vez en cuando, el singular personaje consultaba. Uno de ellos era el *Timeo*, de Platón, y el otro una recopilación de jeroglíficos kabiros (*Kabiros, tribu egipcia que entre otras costumbres tiene la de proteger a los viajeros que cruzan por su territorio y robarles cuando han salido de él*).

Rostro magro, anguloso, boca fina, orejas grandes y alargadas, casi caídas, escaso y aplastado cabello negro y se adivinaban agudos dientes armando las mandíbulas. La piel era de color pálido, algo amarillenta. Miró los tres relojes como para cerciorarse de que no tenía error alguno y luego, de un cajón, tomó una caja de madera de ciprés, negra y sucia por el tiempo. En su interior aparecieron

dos guantes algo grandes y que brillaban como si estuvieran hechos con una trama de hilos de oro, plata y acero; brillaban como si a su tejido casi metálico se hubiera adherido polvo caído de las mismísimas estrellas.

Se levantó de la butaca. Su estatura era sorprendentemente elevada y más para los pescadores españoles. Medía por encima de los dos metros y su delgadez extrema, casi cadavérica, le hacía parecer más alto. Había dicho llamarse John Smith Brown; el capitán no se había creído tal nombre, mas como los documentos que le mostró así lo decían y él no tenía por qué recelar si eran falsos o no, todos a bordo habían dado en llamarle míster John, pese a que apenas había podido hablar con él debido a que se había pasado casi todo el tiempo de la travesía en su camarote, encerrado, rehuyendo a los demás y en especial la luz diurna, como si temiera que pudiera cegarle. Si había salido en alguna ocasión había sido durante la noche.

El capitán, cuando sus marinos le preguntaban por míster John, siempre respondía:

—Está estudiando sus libracos.

—Capitán, ¿el míster busca un tesoro?

—¿Quién sabe? —respondía el capitán español—. Pues lo que es yo, no voy a bajar al fondo del mar en esas aguas tan profundas.

—¿Y si hay un tesoro, cómo lo sacará, capitán?

—Pescándolo, supongo.

Los marinos reían y se tomaban su trago de vino, pero no se lo creían. Aquella travesía, para ellos resultaba de lo más descansado y apacible, sólo tenían que vigilar que la embarcación navegara bien. El capitán había aprovechado para ordenarles algunas composturas y pintados que el pequeño barco, de unos cincuenta metros de eslora, necesitaba; no obstante, todos habían comenzado a mirar de reojo a míster John cuando aparecía y cuchicheaban entre ellos entre trago y trago, en sus partidas de cartas. Todo parecía demasiado bueno y aquello era raro.

Míster John se cubrió con una larga capa de tela recia y oscura, negra por fuera y forrada en seda roja por dentro. Tomó los guantes de la caja de ciprés y los introdujo en un bolsillo interior de la capa. Descorrió los cerrojos de la puerta y salió del camarote.

Cerró con llave aquella cerradura especial que se había hecho

instalar para no ser molestado, para que nadie hurgara en sus cosas. Al capitán no le había gustado todo aquello, pero míster John había pagado todos los arreglos y modificaciones de su propio bolsillo, por lo que, nada se le podía objetar y si era un individuo cargado de manías, era su problema.

Cuando apareció en cubierta, todos le miraron. Los quince hombres que componían la tripulación del barco habían salido a cubierta; sabían que aquélla era la gran noche, por ello habían tendido las redes y el motor estaba parado. Habían llegado a la Fosa Romanche.

El capitán sabía mucho de navegación y situó su pequeño barco en las coordenadas exigidas por míster John como si hubiera clavado un clavo en mitad del océano, sin temor a equivocarse.

Todos sabían que, si tenía que ocurrir algo, sucedería aquella noche. La mar no tenía nada extraño, aparte de que se había hecho calma, terriblemente calma. No se oía nada, ni el susurro de la brisa, el batir del agua contra el casco ni siquiera el rumor del motor a gasoil que estaba detenido.

—¿Todo va bien, míster John? —preguntó el capitán español, acercándosele y quitándose la cachimba de la boca.

El enigmático patrón, puesto que era él quien pagaba, miró el cielo. Escrutó las nubes y después, sacando un reloj del bolsillo con caja de oro e incrustaciones de piedras preciosas, respondió:

—No muy bien, capitán.

—¿Por qué? Hemos llegado al lugar justo que usted pidió.

—Lo sé. Es usted un excelente marino, ha traído el barco hasta el sitio que le pedí y en el momento adecuado. —Volvió a mirar su reloj y al cielo, alternativamente.

—Esta noche no lloverá —dijo algo ambiguo el marino.

—Lo sé, pero la luna no aparece.

—Está detrás de las nubes, aunque luz no falta.

—Es necesario que aparezca, totalmente necesario.

—Hay determinadas clases de peces que suben a la superficie cuando la luna está llena y hermosa, como si quisieran contemplarla.

—Capitán, es muy difícil lo que yo quiero conseguir, tengo una oportunidad, sólo una oportunidad. Tras las nubes también están Júpiter y Marte y nos hallamos en el signo de Escorpio. Esta

conjunción astral sólo se produce una vez cada muchos siglos.

—¿Quiere decir que esta noche es muy especial astrológicamente hablando?

—Exacto, capitán. Si esta noche no tengo suerte, sólo podrá volverse aquí dentro de varios siglos y entonces yo ya no viviré y usted y sus hombres tampoco, por supuesto.

—Eso es cierto, míster John —aceptó con una actitud casi filosófica el capitán español—. ¿Y nos podría decir ya, qué vamos a pescar esta noche que los astros se hallan favorables?

—Hay animales marinos, capitán, que si nacen en noches como ésta en que el poder de los astros se aúna, luego llegan a ser grandes, gigantescos, porque ellos captan ese poder.

—Bueno, todos los que hemos navegado sabemos que existen grandes monstruos marinos, seres monstruosos al compararlos con el resto de criaturas de su especie. Calamares casi tan grandes como mi barco, tiburones gigantescos, peces espada capaces de asustar al más viejo lobo de mar, tortugas enormes que vistas a lo lejos semejan islotes amenazadores. Sí, hay seres que luego, los que viven en tierra, no creen que existan y tampoco los científicos nos dan crédito; por eso los que llegamos a verlos en momentos excepcionales, en noches de plenilunio como ésta, nos lo callamos y luego no decimos nada para que no se nos tome a burla.

—Esta es una gran noche. Muchos lo ignoran, muchos no se enterarán jamás, pero es una gran noche. Muere un día y nace otro…

Volvió a observar su reloj. Las saetas estaban a punto de juntarse sobre el doce y míster John miró al cielo. Entonces, como si una mano invisible, gigantesca, apartara las nubes o el bufido de un colérico ser arremetiera contra ellas, apareció la luna grande, redonda, hermosa, enigmática, deseada como podía ser deseable la más bella y a la vez más perversa de las mujeres.

—¡Ahora! —exclamó míster John con un gozo que hizo brillar sus ojos, como si la luz de la luna se filtrara por ellos.

Al oírle, todos miraron hacia las aguas. Por encima de popa se había hecho un extraño silencio, un silencio que se rompió por un brusco movimiento de las aguas que ahora brillaban como si las hubieran recubierto con polvo de plata.

—¡Allí, allí hay algo! —gritó uno de los marinos cuyos ojos

estaban avezados a mirar la mar en busca de la sardina, el arenque o el bonito, pero que ahora había visto algo que no sabía qué era, pero que sí sabía que estaba allí.

—¿A qué esperan, capitán? ¡Súbanlo a bordo, cójanlo con las redes!

—Pero ¿es eso lo que usted quiere? —inquirió un tanto desconcertado el viejo lobo de mar.

—¡Pues claro que lo es, pero no lo toquen, no lo toquen!

—¡Aprisa, tirad de la red, tirad de la red!

Los marinos comenzaron a izar la red y ésta se combó en el agua cercando a la cosa, a aquello que emergía de lo más profundo de las zonas abisales para aflorar como queriendo ver la luna y llenarse de ella. Había quedado flotando; sin embargo, los marinos no alcanzaban a verlo bien.

El capitán miraba la cosa que apenas se veía, era como una mancha oscura dentro de las aguas también negras. Resultaba difícil saber de qué se trataba. A los marinos no les costaba tirar de la red porque no había resistencia en ella.

Todos estaban ansiosos por saber qué era lo que habían pescado y como tampoco estaban en absoluto cansados, jalaban de la red con facilidad.

La cosa fue atrapada y arrastrada hacia popa. El capitán también quería saber de qué se trataba, ya que cada vez que había preguntado, míster John había rehuido responderle.

Se comentaba que había muchas cosas en los océanos, se hablaba de tesoros escondidos, de depósitos radiactivos que las naciones arrojaban a las fosas abisales, de muertos que navegaban eternamente en barcos que sólo se podían ver en días de niebla. Se hablaba de miles de misterios y ahora, el capitán español no podía decir que míster John fuera un demente. Lo que habían ido a buscar había emergido en el lugar y hora señalada, justo cuando la luna brillaba en su máximo esplendor bajo el signo de Escorpio y se hallaban en el firmamento los planetas Marte y Júpiter.

Allí no había nadie cerca, ningún submarinista que en ese momento dado pudiera soltar lo que ellos estaban pescando. Se hallaban en alta mar y no había barco alguno en muchas millas de distancia.

La red fue izada a bordo y dentro de ella, atrapado por la malla,

estaba lo que todos los pares de ojos escrutaron con curiosidad y avidez mientras un foco lo iluminaba de lleno.

—¡No lo toquen! —ordenó míster John.

—Pero ¿qué coño es esto? —inquirió uno de los marinos en voz alta, y fue más una exclamación que una pregunta.

Míster John sacó del interior de su capa los extraños guantes de apariencia metálica que reflejaron la luz lunar y se los calzó.

Había bajado la mirada cuando dos marinos se apresuraron a quitar la red que envolvía la extraña cosa y la tomaron entre sus manos.

—¡Eh, mirad, mirad! —se rió uno de ellos.

—¡Estúpidos, estúpidos, he dicho que no la tocarais! —rugió míster John.

—¡Quietos, quietos! —ordenó el capitán comprendiendo que se iba a producir un desagradable incidente por culpa de la curiosidad de sus hombres que no habían querido obedecer.

Todos quedaron quietos y los dos marinos soltaron aquello tan misterioso, por lo que tanto había pagado el enigmático míster John, aquello que era muy simple en su aspecto, pues parecía una piedra plana de un grosor de cuatro o cinco pulgadas y con forma heptagonal. Sus siete lados estaban bien cortados y pulidos. Vista a distancia, semejaba redonda sin serlo. Su color era oscuro, pero según como recibía la luz, emitía reflejos morados.

Los marinos soltaron la extraña piedra que parecía pesar demasiado poco para ser una piedra, pues no se explicaba que una piedra pudiera flotar en las aguas.

—Un momento, míster John.

—¿Qué le pasa ahora, capitán? Ponga su barco en marcha, que las hélices giren aprisa, regresamos. Lo que yo quería ya lo he encontrado y además no tardará en haber tormenta.

—¿Tormenta? He visto muchas noches como ésta y después no ha habido tormenta, la calma es chicha pero yo le he preguntado qué es eso.

—Una piedra antigua, ¿no lo ve? —inquirió molesto inclinándose hacia ella con sus manos protegidas por los brillantes guantes.

Tomó la piedra que tendría un diámetro de casi un metro, quizá algo menos, y la levantó.

—Qué raro que una piedra salga a flote y que además no tenga incrustaciones marinas ni algas. Está demasiado limpia para ser sacada del fondo del océano.

El extraño y alto personaje, de aspecto cadavérico pese a que parecía tener mucha fuerza física, desapareció de los ojos de los marinos y se encerró en su camarote.

Los pescadores quedaron un tanto frustrados; esperaban atrapar en sus grandes aparejos algo más importante que una piedra, en apariencia toscamente tallada y en la que ni siquiera habían visto ningún signo cincelado; les parecía absurdo todo aquello.

—¿A qué esperáis? Hay que poner la máquina en marcha y rumbo al norte.

—Pero, capitán, ¿no es extraño todo esto? ¿Qué se trae entre manos el míster ese?

—Cierra la boca, Pablo. Ese hombre es el que paga y si ha pagado por pescar una piedra, es asunto suyo y no nuestro, arreando. No quiero puñetas; los que no estén de servicio, a dormir, que ya han cenado.

El motor del barco se puso en marcha y la hélice comenzó a girar. El silencio del mar, el silencio de aquella calma chicha en la que nada parecía moverse, se rompió y la proa del barco pesquero surcó las aguas.

Apenas hacía unos minutos que se habían alejado del lugar en que estuvieran esperando a que aquella extraña piedra emergiera del fondo del océano cuando las nubes se cerraron y la maravillosa luna y los planetas desaparecieron junto con las estrellas y sin previo aviso, como si una tormenta se acercara.

Súbitamente, un relámpago y un trueno hizo vibrar el pequeño barco y cegó los sorprendidos ojos de los marinos, algunos de los cuales tuvieron una desagradable sensación de frío.

Se levantó viento y con él, la mar dejó de ser calma para embravecerse. Era como si todo se hubiera removido en los abismos del fondo del océano y lo que era mar llana comenzó a ondularse y a tomar forma de montañas que se movían, se levantaban y volvían a hundirse.

El pequeño barco semejaba ir a ser tragado por las aguas. Al ulular del viento se unió el fragor de la tormenta y todo rugió, un rugido que parecía salir de una garganta fantástica y monstruosa

que los devoraba mientras el pequeño barco de pesca crujía como si fuera a romperse de un instante a otro. Mas, era una buena nave, muy marinera, una nave acostumbrada a surcar los mares atlánticos y a enfrentarse con sus tempestades. Los marinos españoles, dignos descendientes de los que se enfrentaran al desconocido océano para descubrir el continente americano, luchaban con la tempestad y para que su barco no naufragara.

—¡Sujetaos bien, por la mañana os quiero a todos a bordo! —gritaba el capitán vertiendo unas gotas de humor en medio del caos mientras grandes olas barrían la cubierta y el barco escoraba, ora a babor, ora a estribor, siempre a punto de quedar inclinado totalmente; pero, como un muñeco de feria, siempre recobraba la verticalidad.

Encerrado en el camarote, míster John había barrido con el dorso de la mano la mesa, no importándole arrojar al suelo los relojes, los mapas, los libros, para colocar la gran piedra sobre la mesa, una piedra que por su tamaño y grosor debería resultar poco manejable y que, sin embargo, pesaba poco.

—Ya te tengo, los jeroglíficos kabiros no mentían… Ahora falta conocer tus poderes. Pareces una piedra fría, inerte, pero yo sé bien lo que eres, yo lo sé, lo sé…

La acarició con las yemas de los dedos cuando el barco se balanceó demasiado y la gran piedra se desplazó, apoyándose contra el diafragma de míster John. Éste lanzó un grito de dolor. La piedra se había tornado terriblemente pesada y lo asfixiaba, semejaba que iba a partirlo en dos, le aplastaba contra la silla que había quedado contra la pared del camarote. El enigmático personaje, con sus manos enguantadas, trató de apartar de su cuerpo a la extraña piedra heptagonal, mas no lo consiguió y notaba que le faltaba el aire. Forcejeaba para desplazar la piedra sobre la mesa pese a que el barco ya había cambiado de posición y por ley lógica tenía que desplazarse la piedra también, cuando vio con sorpresa algo que a él mismo le aterrorizó, enfrió las raíces de sus cabellos y sintió como si toda su piel quedara cubierta por una escarcha gélida.

En la piedra, inexplicablemente, habían aparecido dos ojos luminosos y fosforescentes, verde claro y rojizos en sus pupilas, dos ojos que lo miraban, dos ojos que primero eran pequeños como

botones y que se fueron agrandando. Dos ojos que se separaron entre sí y volvieron a juntarse, girando diabólicamente como si estuvieran dentro de la misma piedra, encerrados en ella, dos ojos que volvieron a quedar simétricamente proporcionados y encarados con míster John.

—Te he sacado del océano, déjame vivir, permíteme vivir y seré tu prosélito. Te he buscado para que vivas en el mundo de los mortales —balbució apenas sin respiración, babeando por el esfuerzo, temiendo quedar muerto allí mismo por la brutal presión que ejercía la piedra sobre su cuerpo mientras, afuera, la tempestad no amainaba sino todo lo contrario.

—¡Agggg!

El grito sonó en el exterior. A través de la cortina de lluvia, el capitán pudo ver cómo uno de sus marinos desaparecía engullido por las olas.

Míster John había seguido hablando a aquella piedra que, dentro de ella pero como si estuvieran en la superficie, poseía un par de siniestros ojos que lo vigilaban inquisitivos. La piedra se movió y dejó libre el cuerpo de míster John que buscó aire abriendo la boca y tragando grandes bocanadas mientras se llevaba las manos enguantadas a la zona afectada de su cuerpo.

Volvió a mirar la piedra. Los ojos habían desaparecido como si un niño los hubiera pintado con tiza y luego borrado con una esponja húmeda para que no dejaran rastro.

El extraño ser que era míster John cayó volcado sobre la piedra, agotado.

El resto de la noche siguió lloviendo, como si la tempestad y el océano quisieran hundir, engullir al pequeño barco de pesca; mas no lo consiguió, aunque desgraciadamente desaparecieron tres marinos.

El alba llegó con un cielo que se rasgaba de este a oeste y aparecía la luz del sol.

La mar se fue calmando y el barco, con el monótono ruido de su motor, recobró la tranquilidad, mas el capitán no estaba satisfecho, no podía estarlo y se llevó las manos a la cabeza.

—Dios mío, tres hombres desaparecidos y sin poder hacer nada. Maldita tormenta…

Comenzó a escribir en su cuaderno de bitácora lo ocurrido;

después notificaría a las autoridades de Canarias lo sucedido en aquel viaje que no iba a terminar tan bien como esperaban.

—¡Capitán!

—¿Qué pasa ahora?

Uno de los marinos irrumpió en el camarote, alarmado.

—Capitán, Pablo y José…

—¿Qué les pasa?

—No se encuentran bien, capitán.

—No sabía que se mareasen por una tormenta.

—No es eso, capitán, es diferente.

—Está bien —rezongó con un suspiro— vamos a ver qué diantres les pasa.

Fue al camarote de sus hombres donde dormían juntos y descubrió a Pablo y a José mirándose las manos.

—Capitán, capitán, no puedo mover los dedos —exclamó Pablo, angustiado.

—¿Que no puedes mover los dedos?

—Yo tampoco, tengo como un hormigueo y los dedos no me obedecen. Miró a uno y a otro, alternativamente, y observó los dedos agarrotados.

—No veo ninguna herida —dijo—. A lo peor os ha dado reuma. Cuando lleguemos a Las Palmas os verá el doctor. Estáis libres de servicio y no bebáis más.

Uno de los marinos, Sebastián, más alto, más fornido y bronco, se interpuso entre el capitán y la salida.

El capitán notó el enfrentamiento pero pretirió preguntar sin desafío:

—¿Qué sucede, Sebastián?

—Si lo que atrapamos en el mar es un tesoro, creo que como vamos a escote, nos toca parte, ¿no?

—¿A escote, qué dices?

—Ya lo hemos hablado, capitán. Si se trata de un tesoro, nos toca una parte y la parte de los desaparecidos, para sus viudas, es lo justo.

—Estás diciendo tonterías. Míster John contrató el barco y todo lo que se cogiera del mar en esta salida sería suyo.

—Nosotros queremos nuestra parte, capitán —insistió sin darse por vencido.

—Ya la cobráis como si tuviéramos la bodega llena de arenque. ¿Os parece poco?

—No está mal, pero si el míster ese ha pagado tanto por coger la piedra, es que esa piedra vale mucho.

—Creo que debes remojarte la cabeza, Sebastián, y cuando lleguemos a puerto, tú y yo ya hablaremos. Pareces olvidar que quien manda a bordo soy yo. ¡Aparta!

Le dio un empujón con el antebrazo, enérgico, y pese a que Sebastián era más fornido, su autoridad se impuso.

Cuando el capitán trató de utilizar la radio para llamar a las autoridades de su país y comunicar lo ocurrido, se encontró con que la radio había sido estropeada. Se quedó mirándola ceñudo; no podía saber quién era el saboteador y prefirió no decir nada. La travesía se complicaba y deseaba llegar a tierra firme cuanto antes.

Aquella noche, Sebastián y dos más llamaron por su cuenta a la puerta del camarote de míster John.

—¿Quién es?

—Le traemos la cena, míster John —dijo Sebastián guiñándole un ojo a sus compañeros.

—No quiero cenar, marchaos.

—Abra la puerta, es que también le traemos un recado del capitán.

—Que venga él a decírmelo personalmente.

—Este fulano no abre —gruñó por lo bajo uno de los que acompañaban al marino Sebastián.

—¡Abra!

Golpeó con fuerza cuando, de pronto, sonó un disparo y una bala agujereó la madera de la puerta pasando junto al rostro de Sebastián que notó la quemazón aunque no llegó a herirle.

—¡Al que cruce esa puerta lo mato! —advirtió míster John.

—Vámonos, pero ya volveremos.

El ambiente en el pequeño barco se enrareció de tal forma que los marinos comenzaron a insultarse mutuamente; los insultos pasaron a los golpes y todos sacaron de sus entrañas la ferocidad que podían albergar, anulando la hombría de bien que normalmente les caracterizaba.

Como si hubieran quedado endemoniados, se encorajinaron unos contra otros. Sebastián fue el primero en hacer correr la sangre

abriéndole el cráneo a Marcos, un compañero que estaba casado con la mujer que siempre le había gustado a él. Sangre, huesos, sesos, el aire se puso turbio y la tragedia invadió la pequeña nave marinera.

—¿Estáis locos, qué os sucede? —rugió el capitán.

—¡Queremos parte del tesoro! —clamo Sebastián.

—No es ningún tesoro, todos lo visteis, era una piedra, una maldita piedra. Pero ¿qué le ha pasado a Marcos?

El capitán recibió un fuerte golpe en la nuca al inclinarse sobre el cadáver del marino.

—¡Ahora será nuestro el tesoro! —gritó Sebastián. Uno de los marinos advirtió:

—¡Parece que algo se quema!

—¡Mis manos, mis manos, me duelen horriblemente! —chilló Pablo de pronto.

—¿Tus manos? Idiota, cállate. Mira tus manos…

Sebastián cogió los dedos de Pablo y, sorpresivamente para él, se quedó con ellos entre sus propias manos.

—¡Mis dedos, se han roto mis dedos como si fueran de corcho!

—¿Qué es esto? —inquirió Sebastián, anonadado, mirando en derredor.

—¡Algo se quema a bordo! —gritó otro.

—¡Fuego, fuegooo!

Salieron a cubierta y vieron que la chalupa se alejaba lentamente; era la única chalupa con motor, había dos más pero con remos.

—¡Hay que alcanzarlo, el míster se escapa, hay que alcanzarlo! —rugió Sebastián mientras el barco y la chalupa se separaban.

Los marinos comenzaron a preparar las barcas para escapar del barco que, inexplicablemente, se había incendiado.

Parecía que podrían huir en las barcas de remos cuando el barco se convulsionó en una fortísima explosión. Se partió en dos y se hundió, llevándose consigo a todos los marinos sin que ninguno de ellos pudiera escapar con vida.

Míster John, gobernando el timón de la chalupa a motor, a la luz de una luna grande y casi completamente redonda, miró la piedra y en ésta aparecieron los ojos blanco verdosos con las pupilas rojas, unos ojos muy rasgados que escudriñaron al hombre que la había

rescatado del océano.

—Pronto cambiará el mundo, muy pronto cambiará gracias a ti…

CAPÍTULO II

La motocicleta rodaba sin problemas por la carretera que bordeaba la costa. Acantilados y rocas emergían de las aguas azules y transparentes. Era el mar Mediterráneo, cargado de historia y un sol brillante, casi cegador, iluminaba sus aguas limpias y hacía que las rocas parecieran más blancas y las copas de los pinos más verdes.

Daniel era un muchacho pletórico de juventud, lo mismo que Erika que iba sentada tras él, agarrando con sus brazos la cintura del hombre.

Ambos pertenecían a la Summer Free University. Aquel verano, los jóvenes universitarios habían sentado sus reales en la bella costa mediterránea al sur de Europa. Mientras vacacionaban, los jóvenes procedentes de distintas Universidades europeas realizaban un cursillo intensivo de arqueología con prácticas de excavación incluidas.

La zona escogida por la Summer Free University resultaba ciertamente idónea por la abundancia de restos de la colonia griega que 580 años antes de Cristo se había ubicado allá. También había restos romanos de invasiones ulteriores.

Aquellas ruinas hablaban de un pasado espléndido. Restos de casas, palacios, templos dedicados a Zeus y Esculapio, la necrópolis, todo bajo un sol intenso que los universitarios nórdicos sorbían con verdadero placer. Por ello se pasaban el día en bikini y éstos eran la mínima expresión, no sin tomar la precaución de untar sus cuerpos con aceites que habrían de evitarles molestas quemaduras solares.

Lo mismo Daniel que Erika lucían pieles agradablemente bronceadas y tenían la alegría de la juventud, por nada reían. Aquel verano estaba resultando magnífico para todos, habían hecho

buenas amistades, ya que la mayoría de chicos y chicas procedían de universidades de países distintos.

—Es ahí —indicó Erika extendiendo su brazo.

—Sí, ya lo veo —asintió Daniel dirigiendo la moto que petardeaba muy fuerte, pues era de poca cilindrada y acusaba el peso de ambos en la cuesta que estaban ascendiendo.

Se salieron de la cinta asfáltica llena de baches, un asfalto en mal estado, y se acercaron al edificio que no se hallaba lejos de la población urbana.

«Museo Fundación Aqueronte» rezaba en la fachada. Un rótulo con letras más pequeñas indicaba: «Entrada libre. Se ruega respeto, no tocar».

—Hum, no está mal, no está mal —opinó Erika apartándose un mechón de cabellos del rostro; tenía calor.

Daniel detuvo la motocicleta.

—Dicen que todo lo que hay aquí dentro no pertenece exclusivamente a las ruinas que estamos estudiando. Hay objetos griegos, romanos, egipcios, hasta hiperbóreos, y me han asegurado que algunas de las piezas ni siquiera son auténticas si no perfectas imitaciones.

—Mientras den una idea, es válido. Vamos adentro.

—De acuerdo, para eso hemos venido aquí, pero te advierto que los arqueólogos no dan ningún valor de autenticidad a este museo privado.

—A veces, en los museos privados se encuentran cosas raras. Después de todo no podemos decir que lo haya montado por afán de lucro, la entrada es libre.

—A lo peor esa fundación ha montado el museo para evadir impuestos. Es posible que en este país, como en otros, los fondos invertidos en cultura o deporte sean deducibles de los impuestos.

—No seas derrotista y vamos adentro, Daniel, verás luego cuando lo contemos a los demás. Tendremos polémica esta noche en el fuego de campo.

Erika se puso una camisola con muchos flecos de color blanco que caía justo sobre la parte inferior del bikini, dejando sus bellas y estilizadas piernas al descubierto. Por su parte, Daniel se cubrió el torso con una camisa que anudó en la parte baja, sin preocuparse de abrochar los botones.

Empujaron la puerta y pasaron al interior del museo sumido en la penumbra. Lo que notaron de inmediato fue una tremenda sensación de soledad.

—Parece que somos los únicos visitantes, Daniel.

—Puede que los días festivos vengan los turistas del pueblo.

—Se irán a la playa, no creo que vengan a ver unas cuantas piedras antiguas —se rió Erika.

Su risa halló eco en las salas vacías pero limpias. Las reliquias del pasado, situadas sobre mesas, pedestales o en el interior de vitrinas, parecían observarles a ellos, más que ellos a las reliquias.

—Mira esa vitrina con cráneos. ¿Serán auténticos?

Daniel sonrió y dijo:

—Pregúntaselo a ellos si son auténticos.

—Están muy bien conservados.

—Puede que sean de yeso, de esos que hacen con molde.

—Anda, corta el rollo, Daniel, que éstos no son todos iguales. Mira qué dice en esa plaquita… «Cráneos de hembras».

—Vaya, pues la explicación no es muy larga ni completa. ¿Y dónde estarán los cráneos machos? Si los juntamos un poco así, a revoltillo, a lo mejor salen cráneos pequeñitos.

—No seas bruto —rió ella, pero lo hizo un tanto forzadamente. A medida que se internaban en el museo privado, acusaba más su absoluta soledad—. Espera. Daniel…

—¿Qué?

—¿No has oído algo?

—¿Algo, el qué?

—No sé, como unos pasos…

—¿Pasos? Serán los nuestros, aquí hay eco y por lo visto estamos solos.

—Es un poco raro que no haya ni siquiera un guarda, ¿verdad?

—Quizá haya uno.

—¿Dónde?

—En un despachito, observándonos a través de un circuito cerrado de televisión como en los grandes almacenes. Si acercas tu mano y tomas una de estas reliquias, una voz de ultratumba te advertirá qué no la toques o sufrirás las consecuencias —dijo impostando la voz para hacerla lúgubre.

Siguieron avanzando hasta encontrarse con unas escaleras

descendentes. Sobre el arco que daba acceso al sótano, un letrero que simulaba letras griegas advertía: «Cripta».

—Eh, abajo puede estar lo más interesante —dijo Erika.

—¿Quieres que bajemos?

—¿Por qué no?

—Habrá algunas tumbas, nada más.

—Pues las vemos.

—Pero, si no tomamos notas ni nada…

—Ahora lo vemos todo y otro día regresamos con un bloc. Luego ya le preguntaremos al *teacher* lo que significa todo aquello que no comprendamos.

—Como tú digas.

—Vamos, no seas miedoso.

—¿Miedoso yo?

Descendieron por la escalera. Una luz indirecta de tonos azulados que la hacían más fría iluminaba la cripta que tenía el aspecto de ser real, como si la hubieran encontrado en aquel mismo lugar tal como estaba y la hubiesen respetado.

La bóveda era de piedra, lo mismo que las paredes, y las tumbas, también de piedra, se hallaban alineadas. Las había de diferentes formas. Algunas inscripciones habían sido raspadas otras conservaban en perfecto estado sus caracteres griegos.

—Esto sí es interesante, parece auténtico.

—Puede que lo sea —admitió Daniel.

—El *teacher* podría descifrarnos las inscripciones y sabríamos algo más de esta cripta. Hasta es posible que los del museo que patrocina nuestro cursillo de verano tengan celos de esta cripta y por eso la desprestigian.

—Sí, esas cosas ocurren, aunque también puede ser que todo sea de cartón piedra, una imitación bien hecha pero una imitación.

—¿Por qué no lo comprobamos? —propuso Erika.

—¿Comprobarlo, cómo?

—Si levantamos una de las tapas de las tumbas veremos lo que hay dentro.

—Bah, estará vacía.

—Podemos probarlo, nadie nos ve.

—¿Te olvidas de los posibles ojos electrónicos de la televisión?

—Si nos dicen que no toquemos, nos estamos quietos y listos.

Anda, ayúdame.

Daniel se encogió de hombros y se dispuso a ayudar a su compañera que deseaba levantar la tapa del sepulcro milenario. Mas, por muchos esfuerzos que hacían, no conseguían alzarla.

—Parece que no es de cartón piedra, ¿eh?

—No, eso parece, a menos que la hayan clavado al resto de la tumba —gruñó Daniel, resoplando.

—En vez de levantarla, probemos a desplazarla —propuso Erika.

—Si no ves lo que hay dentro, revientas, ¿eh?

—Empuja y no gruñas.

—Sí, empujar es lo mío.

—No tanto, no tanto —se burló ella.

Al empujar ambos la piedra, que parecía plana en su base pero convexa en su parte exterior, ésta cedió.

—Ya se mueve… Un poco más…

—Todavía no se oye la voz de que nos estemos quietos —dijo Daniel entre resoplidos. Un olor nauseabundo y húmedo abofeteó sus narices, pero empeñados en desplazar la piedra que cubría el sepulcro, no dijeron nada ya que les faltaba el aire.

—Ahora ya está bien, podemos mirar.

La luz no era mucha pero permitía ver el interior de la tumba con el hueco que habían dejado. La piedra continuaba sobre el sepulcro pero desplazada hacia uno de sus lados. Faltaba mucho para que pudiera caer, por lo que podía considerarse segura.

—Mira, es una momia —exclamó Erika.

—Es cierto, contiene restos humanos.

—Una momia y parece bien conservada.

—Huele mal todavía, yo diría que no tiene milenios de antigüedad precisamente.

—Quién sabe, Daniel, a lo peor es que no ha podido escapar la humedad interior.

—Si fuera una momia, aquí dentro no habría humedad.

Sólo podían ver el rostro de la momia por el hueco que habían abierto, un rostro que impresionaba. El cabello era oscuro y muy sucio, como ensortijado por mohos. La piel, gris oscura y apergaminada sobre los huesos, marcaba la calavera donde destacaban los dientes.

—Era una mujer —observó Daniel.

—¡Vámonos, vámonos! —pidió de pronto Erika, asustada. Dio un paso atrás, apartándose de la tumba con brusquedad.

—¿Qué te pasa?

—¡Me ha mirado!

—¿Mirado? Oye, no habrás tomado ácido esta mañana, ¿verdad? No te puede mirar sencillamente porque no tiene ojos, mira, están vacíos.

—Ya, ya lo sé, pero tengo la impresión de que me ha mirado, es como si tuviera vida.

—No sabía que fueras tan fantasiosa.

—Me voy, no me gusta esta cripta.

—Espera, pongamos la piedra en su lugar.

—Ponía tú.

Daniel lanzó una maldición por lo bajo y comenzó a empujar la tapa del sepulcro que era de granito y no una simple imitación como había supuesto. Sus esfuerzos fueron infructuosos, la tapa no se movió lo más mínimo.

—Maldita sea, es como si la momia no quisiera que volviera a cubrirla…

Volvió a empujar y ladeando la cabeza comprobó que Erika ya no estaba en la cripta; había desaparecido en lo alto de la escalera.

—¡Al diablo!

Se apartó del sepulcro y lo dejó como estaba, sin cubrir del todo la húmeda y nauseabunda momia femenina. Corrió escaleras arriba y en lo alto sólo halló la soledad de la sala, con viejas estatuas, algunas descabezadas, a otras les faltaba un brazo o los dos o las piernas. Todas estaban mutiladas, allí parecía reinar lo imperfecto.

—¡Erika, Erika!

Daniel apresuró el paso por las amplias salas que se le antojaron todavía más desoladas al no hallar a Erika. Al fin, la vio a través de un gran cristal.

—¡Erika!

La joven rubia se volvió y le saludó con la mano. Estaba en un patio interior del museo rodeado por un claustro no muy grande. En su centro, fuera de las galerías, había un estanque junto al cual se hallaba Erika quitándose el blusón con flecos.

—¡Erika!

Daniel corrió buscando la puerta para salir al claustro. La

encontró al fin y pasó a la galería. Entre dos capiteles, saltó al jardín en cuyo centro destacaba el estanque.

—¿Qué vas a hacer?

—Es un estanque hermosísimo y mira qué limpio. Con el calor que yo tengo, creo que se me ha metido el sol en el cuerpo.

—¿Estás loca? No te irás a bañar ahí dentro, ¿verdad?

—¿Por qué no? Aquí nadie nos molesta, el agua está limpia y será agradable tomar un baño.

—Espérate y te llevo a la playa —pidió, molesto por la situación.

Miró al centro del estanque y sobre el embaldosado azul claro vio una piedra heptagonal que daba la sensación de ser circular. Era plana por su parte superior y su color oscuro adquiría tonos morados.

—Anda, no seas tonto y báñate tú también.

—Acabas de dejarme en la cripta y no he podido tapar de nuevo el sepulcro, la tapa pesaba como plomo.

Erika, en bikini, sin hacerle caso, se sentó sobre el borde del estanque y hundió sus pies en el agua, opinando:

—Está buenísima. Anda, anímate.

—Ya me bañaré en la playa.

—Pues yo me baño aquí. Me voy a dar ese gustazo como otros se lo dan bañándose en las fuentes de Roma.

Se dejó caer al interior del estanque que no era profundo. El agua llegó justo por encima de la cintura de Erika que se dejó caer sentada hacia atrás para hundirse en el agua y así empaparse hasta la raíz de los cabellos.

—Caprichosa…

Junto al estanque, Daniel aguardó a que la joven saliera.

Erika no volvió a aflorar su cabeza, pero sí consiguió que sus manos salieran a la superficie, moviéndose como arañando el aire.

—Sí, encima gástame bromas —gruñó él.

Erika manoteó mientras su cuerpo continuaba bajo el agua y sus pies se desplazaban como atraídos por una fuerza centrípeta, es decir, hacia el centro del estanque, hacia la extraña piedra heptagonal.

—¡Erika, deja de jugar!

La joven, en un esfuerzo sobrehumano, logró sacar el rostro del agua y gritó desesperada:

—¡Daniel, Daniel, se me lleva, Daniel sálvame, se me lleva, sál…!

Volvió a sumergirse y sus manos siguieron manoteando a flor de agua, queriendo agarrarse a algo sin encontrar más que aire y agua. Sus dedos, engarfiados por el terror, no encontraban dónde clavar sus uñas.

Daniel, que había vacilado, se inclinó sobre el borde del lago y estiró sus manos para asir las de Erika. Todo podía ser sencillo, muy sencillo…

Daniel podía lanzarse al agua, pero no lo juzgó necesario. Bastaba con tomar de las manos a Erika y estirar de ellas hacia el borde del estanque. Mas, no logró alcanzar las manos femeninas y al tocar el agua, sufrió una especie de sacudida eléctrica que le provocó una convulsión en manos y brazos hasta las axilas.

Retrocedió, dolorido y asustado, mientras las manos de Erika dejaban de arañar el aire y el agua y desaparecían bajo la superficie.

El cuerpo hermoso de la mujer quedó sobre la piedra heptagonal y comenzó a girar, lentamente primero y más aprisa después. Las aguas del estanque, ante los ojos aterrados del muchacho, se tornaron rojas, de un rojo denso y opaco que fueron difuminando el cuerpo de Erika que giraba y giraba hasta que dejó de verla.

—¡Erikaaaa!

Se llevó ambas manos al rostro como queriéndose saltar los ojos. Aquello no era una broma, no podía ser una broma y resultaba demasiado horrible… Junto a él, en el suelo, estaba el blusón blanco con largos flecos de la muchacha que había desaparecido en el interior de las aguas del estanque que ahora se veían intensamente rojas, como si de las venas de la joven hubiera escapado toda la sangre para teñirlas.

Sobre el cielo del claustro aparecieron unas gaviotas que volando en círculo comenzaron a chillar de forma furiosa y obsesionante para Daniel que se tapó los oídos con las manos.

—¡Basta, basta, basta!

Aterrorizado, se alejó del estanque corriendo, notando la soledad de las salas y el claustro del museo de la Fundación Aqueronte en sus propios huesos.

Quiso gritar y fue como si un hueso se hubiera incrustado en su

garganta. Sintió deseos de vomitar y un dolor intenso en el vientre, como si se lo hubieran atravesado con largas agujas candentes. Corrió entre las reliquias del pasado y aquellas imágenes le parecieron monstruosas, como si de pronto todas cobraran una especial simbología maligna, diabólica.

Sufría espasmos y lleno de pavor, se detenía frente a rostros esqueléticos. Así, hasta llegar a las vitrinas de las calaveras, todas ellas con las cuencas vacías; sin embargo, parecían mirarle mediante una luz diminuta que brillaba en lo más hondo de sus cráneos.

—¡Ah, ah!

Eran espasmos, cortes de respiración, exclamaciones de puro y visceral miedo.

De pronto, a lo lejos, como saliendo de la sala que accedía a la cripta, emergió una figura humana terriblemente alta y siniestra, oscura, cubriéndose con una capa que le llegaba hasta los pies.

Daniel se lanzó hacia la salida y ya fuera, no se entretuvo en buscar aire para sus pulmones, en secarse el sudor frío que empapaba su cuerpo ni en llenar sus ojos del azul del cielo o con el verde de las copas de los pinos.

Saltó sobre el pedal de la puesta en marcha y la moto petardeó. La empujó, montado a horcajadas sobre ella, y se alejó haciendo eses del museo privado Fundación Aqueronte.

Ya en la cinta de asfalto, de regreso a los pabellones de la Summer Free University, aceleró la motocicleta al máximo.

Bordeó los acantilados a toda velocidad, corriendo el riesgo de despeñarse, huyendo de aquel lugar diabólico en el que abandonara a su compañera Erika, porque no podía decirse que se hubiera arriesgado por salvarla.

La sensación de su cobardía le hizo saltar las lágrimas de los ojos mientras circulaba a toda velocidad.

—Soy un cobarde, un cobarde… —repetía mientras un camión, a toda velocidad, rodaba hacia él y él hacia el camión como buscándose mutuamente para terminar en un espantoso encuentro.

Capítulo III

Dalilah poseía unos ojos maravillosamente verdes. Su rostro resultaba algo redondeado, sensual como sus labios cereza, fuertes de color como sus pezones cuando podía verlos desnudos ante el espejo.

El cabello era de un trigueño rojizo que adquiría un brillo llamativo al recibir el sol. Dalilah se movía con ademanes muy femeninos y sensuales sin proponérselo, de forma natural. Mientras otras muchachas parecían corredoras de maratón mientras caminaban, Dalilah semejaba estar practicando *ballet*, pero un *ballet* sensual, hermoso y dulce.

Jacky Norton, el joven y nuevo profesor de la Summer Free University, la acarició con sus ojos gris claro y le sonrió mostrándole los dientes entre su bigote y barba; eran unos dientes fuertes, blancos y poderosos que tenían algo de lobo dominante. Jacky Norton se veía fuerte y alto pese a estar delgado. Era un profesor de nueva ola que rehuía la ortodoxia académica y se mezclaba entre el alumnado para ser uno más de ellos, no para destacar y buscar halagos.

—Verás cómo lo pasas bien aquí, Jacky —le dijo Dalilah que aceptando la sugerencia del decano había accedido a mostrarle los campos de excavaciones y búsqueda de restos arqueológicos entre las ruinas de lo que otrora fuera colonia griega en aquel espléndido lugar lleno de pinos, sol y mar.

—Este sitio es magnífico para vacacionar —opinó Jacky Norton.

—Sí, y para estudiar, aunque la verdad es que el clima invita más a bajar a la playa, bañarse y dormitar después de la comida. Hay magníficos lugares para bañarse, lugares inaccesibles a los que sólo se llega por mar.

—Eso me han contado. Esta costa es fantástica, sus aguas son limpias y transparentes.

—Eh, mira, ahí viene Daniel. ¡Daniel, Daniel!

Daniel les miró y se detuvo. Sintió un deseo instintivo de huir, pero el sendero conducía hacia la pareja que formaban Jacky y Dalilah y salvo que diera la vuelta, no tenía escapatoria.

—Ah, hola.

—Daniel, te presento al nuevo profesor, Jacky Norton.

—Con Jacky basta.

—Ah, pues muy bien, Jacky. ¿Eres profesor de aula o de excavaciones?

—Soy profesor de Filología griega, es decir, de aula, pero si el tiempo lo permite y creo que sí, pues el sol aquí parece eterno, daré las clases al aire libre, entre los lugares de excavación.

—¿Y no es muy aburrido eso de la Filología griega?

—Un poco, pero os ayudará a descifrar las inscripciones griegas. En realidad, yo aspiro a ser escritor. He hecho algunos cuentos y tengo un par de novelas en el cajón, pero por el momento soy profesor.

—¿Y escribirás luego un *Love Story*? —preguntó Daniel con soma.

—No creo, no es mi estilo.

—Bueno, yo me voy.

—Espera, Daniel.

—¿Qué quieres, Dalilah?

—Me han contado que has tenido un accidente de moto.

Daniel se tocó instintivamente la cara donde tenía una rozadura.

—Ha sido poca cosa. Un camión se me ha echado encima, me he salido de la carretera y me he caído, pero nada más. Bueno, la moto se ha quedado en el taller, le cambiarán un par de piezas a lo sumo.

—Has salvado la vida y es lo importante —opinó Jacky.

—Sí, he salvado la vida.

—¿Y Erika? —preguntó de pronto Dalilah.

—¿Erika? —Daniel mostró asombro, pero en el fondo de sus ojos había miedo.

—Me han dicho que Erika se había ido contigo en la moto.

—No… Bueno, ha venido conmigo pero luego ha cambiado de opinión y ha preferido marcharse a la playa —dijo con temor en los

ojos, cambiando la dirección de su mirada para que no descubrieran su cobardía, pero su voz también le traicionaba.

—Qué raro, no la he visto en todo el día.

—Yo tampoco. Me voy, ya nos veremos a la hora del fuego. Adiós profesor Norton.

—Jacky a secas —corrigió el joven profesor.

—Qué raro que no haya visto a Erika. En fin…

—¿Sois muy amigas? —preguntó Jacky caminando junto a la muchacha por el sendero que conducía a los acantilados.

—Sí. En realidad, todos somos amigos. Erika, Vera, Marietta y yo dormimos en la misma habitación, eso hace que se cree mayor ligazón.

—Es verdad. Yo no voy a tener esa oportunidad, me han dado un dormitorio individual.

—Qué suerte, como eres profesor…

—No es tanta suerte, prefiero estar acompañado.

—¿De chica? —pregunto Dalilah sonriendo picaresca y mirándole de reojo.

—¿Por qué no? Soy humano. Por cierto, ¿qué es eso del fuego?

—La cena es a las siete y media como ya sabes; luego, a las diez, abajo en la playa, cada noche se enciende una hoguera a la que acude quien quiere y el que no, se va a dormir. Es divertido. Algunos cantan, se rasguean guitarras y si alguien desea danzar o contar chistes, puede hacerlo espontáneamente, sin inhibiciones. Todos nos sentimos libres y aceptamos los aplausos o abucheos sin darles importancia. La verdad es que sirve para combatir timideces y para sentirnos mejor, más libres.

—Sí, ha de ser hermoso y no faltaré, por supuesto. ¿Se fuma marihuana?

—¿Pretendes decir que nos drogamos?

—Bueno, las estadísticas hablan por sí solas. En lugares como éste se consume una fuerte cantidad de marihuana.

—¿Estás a favor o en contra de la marihuana?

—Estoy en contra de todas las drogas, incluido el alcohol que al cabo del año se lleva más vidas que ninguna otra droga.

—Sin embargo, el alcohol es promocionado.

—Sí, hay muchos intereses privados de minorías poderosas dentro del mundo del alcohol que pretenden hacer creer al mundo

que el alcohol no es tan malo.

—Pero tú opinas que sí lo es.

—Naturalmente. Podría decirse que la marihuana no es tan nefasta como el alcohol, por lo menos en la actualidad, teniendo en cuenta que su consumo es más reducido. Esa es mi opinión particular, claro. De base estoy en contra de todas las drogas.

—Pero prohibir el alcohol se ha demostrado que no es bueno. Basta recordar la Ley Seca en los Estados Unidos, lo que constituyó el gran auge del gansterismo.

—Sí, no se debe prohibir nada.

—¿Nada, nada?

—Nada, y tampoco se debe promocionar ni hacer publicidad de lo negativo como las drogas. Lo que se prohíbe adquiere un poder casi hipnotizante sobre el que desea conseguirlo.

—¿Eres abstemio, Jacky?

—No.

—Pero ¿estás en contra del alcohol?

—Como está hoy en día, sí. Estoy en contra de la promoción y publicidad de una droga que proporciona pingües beneficios a unos cuantos. La verdad es que no soy ningún santo, soy humano, por eso soy partidario de probar todo lo que se ha dado en llamar placeres, aunque sólo sea de vez en cuando o por una sola vez.

—¿Todos los placeres?

—Todos los que no puedan dañar a mi prójimo en alguna forma. Ya sé que es definir ambiguamente, pero cada situación tiene su problemática particular y no se puede generalizar.

—¿Y el placer del amor lo mismo?

—He dicho que siempre que no dañe a mi prójimo y el amor, a menos que sea una aberración, es siempre entre dos. Uno puede engañar al otro con tal de conseguir su propio placer.

—¿Y tú no has engañado a ninguna chica?

—No, y la verdad es que en esas situaciones siempre se sabe íntimamente si se engaña a la pareja. Si los dos van a amar por amar, me refiero sexualmente y luego se separan, es cosa de ellos, lo malo es hacer creer al otro que se busca un amor más profundo y auténtico no siendo así.

A Dalilah le pareció que el joven profesor era muy noble y sincero, podía convertirse en un excelente compañero de

vacaciones. Tendría que presentarlo a las demás chicas y comprendió que de inmediato le pondrían cerco. Un profesor tan joven, apenas con la carrera terminada, alto, viril, con una barba rubio oscura y ojos grises de mirada intensa, era difícil de resistir y aquel clima, aquel sol, el mar, la voluptuosa pereza que les invadía después de las comidas, todo ayudaba a que el amor fuera algo consustancial con el ambiente.

A la hora de la cena, Jacky Norton tuvo que sentarse en la mesa del profesorado, entre dos profesoras solteronas que se lo comían con la mirada. Especialmente una de ellas no hacía más que inclinarse hacia él y cogerle del brazo para decirle cosas al oído.

Dalilah, Vera y Marietta les observaban y hacían comentarios entre ellas, al principio muy burlonas, pero luego se fueron irritando ante la actitud de las profesoras que por lo visto también acusaban el clima afrodisíaco de la costa mediterránea. Debían haber tomado mucho sol tendidas en sus respectivas hamacas, pues eran de las que cuando se bañaban no profundizaban más que hasta las rodillas.

El sol se había metido dentro de sus cuerpos, debían tener auténtico fuego que no sabían cómo apagar y era como si hubieran convertido a Jacky Norton en jefe de bomberos en funciones, estando obligado a emplear la manguera para dejarlas relajadas y tranquilas.

—¿Habéis visto a Erika? —preguntó Dalilah por enésima vez.

—No —denegaron Vera y Marietta.

Esta última, pequeña y muy morena, comentó:

—Me dijo que un día de éstos quería ir a la peluquería del pueblo a cortarse el pelo, que va le daba mucho calor llevarlo tan largo. Como aquí la peluquería es mucho más barata que en su país…

Después de cenar se aislaron en sus respectivas habitaciones para descansar un poco y digerir la cena. Después, sobre las diez, cuando comenzaron a arder los troncos puestos en la fogata de la playa, los jóvenes fueron descendiendo hasta el lugar de reunión tomando asiento en círculo.

Jacky Norton bajó fumando una pipa. Anduvo rodeando el círculo hasta que la voz de Dalilah le interpeló:

—¡Jacky, siéntate aquí!

—Hola, Dalilah.

La miró. Ella cubría su cabeza con un pañuelo amarillo anudado al estilo pirata y sus ojos refulgían a la luz de las llamas que daban una sensación de embrujo al ambiente.

Jacky se sintió a gusto junto a Dalilah y esperaba que el resto del profesorado no le causara problemas. Después de todo, un cursillo vacacional entre universitarios no tenía las mismas reglas que una universidad normal y si un joven profesor se enamoraba de una alumna, nada debería ocurrir a menos que provocara un escándalo o la superioridad recibiera una denuncia de los padres o tutores de la chica.

Sentado sobre la arena, participó del ambiente coreando las canciones que se cantaban. Se escuchó el rasgueo de guitarras y Dalilah se apoyó ligeramente en su brazo, como tanteándolo.

Se pasaron botellas de cerveza y también algunas de licor. Jacky bebió cerveza pero pasó de largo el coñac. Por su parte, Dalilah cogió la botella de coñac por el gollete y bebió un sorbo. Sus ojos brillaban. Alguien añadió leña a la hoguera que volvió a crepitar. Allí no había imposiciones, reinaba una completa espontaneidad entre los presentes que respetaban la libertad de los demás y aceptaban con buena voluntad lo que cada cual quisiera y supiera interpretar, tuviera gracia o no.

—¿Nos daremos un baño luego, Jacky? La luna está muy hermosa.

—Creo que no te conviene mezclar el coñac con la cerveza, Dalilah.

—Hum, tonto. Cuando des la clase de griego me pondré tapones en los oídos.

—¿Y si te suspendo?

—En estos cursillos no se suspende a nadie, hay que quedar bien con el alumnado y todos nos llevamos el diploma de asistencia.

—Eres una zorrilla.

En aquel momento, ya avanzada la hora, salió al interior del círculo danzando alrededor del fuego una hermosa joven de largos cabellos rubios.

—Es Erika —observó Dalilah.

—Ah, la compañera que andabas buscando.

—Sí, es ella, habrá llegado ahora del pueblo, a lo mejor ha ido

en bicicleta.

—Es muy hermosa.

—Sí, lo es.

—Pero es de una hermosura fría —objetó Jacky.

—Se habrá puesto mucho maquillaje, pese al fuego se ve muy blanca.

Erika comenzó a danzar sensualmente en torno al fuego, llegando a saltar por encima de él, lo que provocó una exclamación de asombro y aprobación.

Erika vestía una especie de túnica de gasas que transparentaban su hermoso cuerpo, que danzaba con los pies desnudos sobre la arena, casi parecía volar. Sus ojos llameaban llenos de lascivia y sus labios tenían un intenso color azul morado.

En un punto del círculo, quien se quedó con los ojos desorbitados fue Daniel, que se había protegido la espalda con una manta rayada en colores granas y negros. Daniel, que aún no había conseguido quitarse el frío y el miedo del cuerpo, miraba a Erika entre incrédulo, extasiado y aterrado.

—Erika —musitó con labios trémulos.

Erika embrujó el ambiente con su danza y todos se sintieron desasosegados. Hacía volar las gasas de su túnica y acarició con ellas los rostros que la observaban. Por último, dio un impresionante salto como si sus pies fueran alados y salió del círculo para correr por la playa, alejándose.

—¡Erika, Erika!

Daniel soltó la manta y corrió tras ella como aferrándose a una ilusión.

Erika le obsesionaba y al mismo tiempo, acercarse a ella, tocarla con sus manos, barrería las pesadillas de su mente, de sus entrañas. No se sentiría tan cobarde si Erika vivía.

Erika se alejaba por la orilla del mar hacia un grupo de rocas que cortaban la playa. A partir de allí, nacían unos acantilados y más allá, aparecían hermosas y recoletas calas.

—¡Erika, Erika!

Perdiendo la respiración, ahogándose en la desesperada carrera por alcanzar a la fugitiva que acababa de danzar, Daniel tendía las manos hacia delante, sus dedos casi arañaban el aire.

—¡Erika!

La figura de cabellos rubios, tez palidísima y labios azul morados, se detuvo sobre unas rocas tras dejar la arena. Se volvió, encarándose por primera vez con Daniel, el cual se detuvo. Cayó de rodillas y vio que los ojos de la mujer fulguraban en la noche, y ya no podía decir que reverberaran el fuego de la hoguera, pues la hoguera quedaba atrás, bastante lejos ya.

—¿Qué te pasa, Daniel?

En la danza, Erika no había hablado, era la primera vez que lo hacía desde que la viera desaparecer en el estanque del musco de la Fundación Aqueronte y la voz había sonado lúgubre, profunda, era como el ulular del viento, de aquel viento que esponjaba sus cabellos haciéndolos flotar fantasmalmente.

—Erika, ¿qué te sucede? —preguntó temblándole los labios.

Ahora se arrepentía de haberla seguido, de estar tan lejos de los demás, de hallarse a solas frente a Erika que se volvía hacia él tendiéndole las manos.

—¿No me llamabas? Ven, ven conmigo, Daniel, ven.

Se rió de una forma que heló la sangre en las venas de Daniel que se echó hacia atrás.

—¡No, no, no!

—Ven, Daniel, ven conmigo. El acantilado es hermoso, ven.

—¡Daniel, Daniel! —llamó la voz de Dalilah.

Dalilah corría hacia ellos acompañada de Jacky Norton y Erika, al verlos, desplegó en torno suyo un halo de intensa frialdad. Se alejó entre las rocas, desapareciendo, disolviéndose en la noche. Daniel permanecía en el suelo medio arrodillado, temblando todo él de pies a cabeza.

—Daniel, ¿estás bien, qué te pasa?

—Es ella pero no es ella —dijo con el pavor engarfiado en su garganta.

—Muchacho, parece que tienes fiebre. ¿Has bebido demasiado? —preguntó Jack alzándolo por las axilas.

—Tengo frío, mucho frío. Ella está muerta.

—Has bebido demasiado —repitió Jacky con un suspiro—, debes dormir.

—¡No me creéis pero Erika está muerta, yo la he visto morir, lo juro! ¡Ha muerto en el museo privado, en el estanque, os lo juro! ¡Ha danzado el fantasma de Erika pero no ella porque está muerta!

—Sí, sí, tienes razón, lo que quieras —le dijo Dalilah.

Daniel, aterrorizado, perdido el control de sí mismo, tuvo varios espasmos y babeó como un perro enfermo.

—Está enfermo, Jacky.

—Será mejor que lo llevemos a su habitación. ¿Sabes el camino?

—Sí.

—Le irá bien dormir.

—¡Os tengo que decir la verdad, tenéis que creerme, Erika está muerta!

Jacky cortó en forma nada ortodoxa ni médica la situación dándole un puñetazo en la mandíbula que lo tumbó sobre la arena dejándolo inconsciente.

—¿No le habrás hecho mucho daño? —inquirió Dalilah, preocupada, tras comprobar la contundencia del puño de Jacky Norton.

—Espero que no. Peor hubiera sido que continuara desvariando. Lo pondremos en la cama y al paso de unas horas, si no se le pasa, avisaremos al médico de la colonia.

—Sí, será lo mejor.

Jacky cogió a Daniel y se lo cargó sobre la espalda. Sus pies se hundieron más en la arena debido al exceso de peso. Dalilah no pudo evitar mirar hacia atrás, hacia las rocas, y experimentó una profunda sensación de frío; se estremeció y se apresuró a seguir a Jacky que, cargado con Daniel, se alejaba hacia los pabellones de la Summer Free University.

Mientras, en el fuego de campo, algo extraño había ocurrido. El ambiente había dejado de ser amistoso y de hermandad y tres jóvenes se peleaban a puñetazos mientras los demás reían.

Las chicas buscaban las botellas para beber y una de ellas comenzó a danzar haciendo un *strip-tease* que resultó más provocativo y lascivo que cualquiera que pudiera verse en el barrio de Saint Pauli. A partir de aquellos momentos, la situación desembocó en una orgía desenfrenada, una orgía que más recordaba a un *sabbat*.

CAPÍTULO IV

Todos los rostros aparecían graves en la sala de conferencias del profesorado.

El rector de la Universidad Libre de Verano, un nombre pomposo que venía a reflejar cursillos de arqueología para estudiantes en vacaciones, se hallaba muy molesto pero sabía controlarse, por ello mesuraba sus palabras.

Todo el profesorado allí reunido no cobraba ningún estipendio por sus clases veraniegas, aunque sí recibían, como era lógico, acomodo y dietas en compensación a su labor. Después se les entregaba un diploma al respecto que servía como tarjeta de presentación para alcanzar nuevas cotas en sus respectivas Universidades y hacer que la UNESCO les incluyera en sus listas de personajes impulsores de la cultura.

—No sé cómo calificar lo ocurrido ayer noche en el fuego de campo, abajo en la playa. Horrible, deplorable, por lo que me ha sido relatado, una completa orgía y esto no se puede tolerar, señores. Somos la voz de la cultura. ¿Cómo podemos justificar nosotros, precisamente nosotros, lo sucedido en la playa?

El silencio era intenso. La luz de aquel lugar tan soleado estaba matizada por gruesas cortinas que despedían calor. Una de las profesoras que mariposeaban cerca del joven Jacky Norton alzó discretamente un dedo y el rector la observó.

—¿Quería decir usted algo, doctora Schneider?

La profesora germánica, de fuerte acento, cabello de un rubio platino y que procuraba disimular sus kilos de más, sonrió y preguntó:

—¿Se sabe si los estudiantes consumieron drogas? Es lógico suponer que fueran las drogas las que impulsaran a los jóvenes a la

orgía que se desencadenó.

—Lo ignoramos y es mejor correr un tupido velo respecto a la posible existencia y consumición de drogas. No sería nada bueno para todos nosotros si las autoridades locales intervinieran al respecto, encontraran droga y levantaran la denuncia correspondiente. ¿Qué sucedería entonces? Díganmelo.

—Sí, claro, sería muy grave. Podría ser clausurada la Universidad Libre de Verano y sería un escándalo mundial. La UNESCO nos inscribiría a todos en su lista negra —opinó la profesora germánica sonriendo ligeramente. Como dándose cuenta de que su sonrisa no encajaba en aquel ambiente de rostros circunspectos e incluso sombríos, carraspeó y se tragó la sonrisa.

—Varios heridos por golpes, cuatro muchachos con un grado de alcoholismo peligrosísimo… Uno de ellos ha sido tratado médicamente para evitar que falleciera y no quiero ni hablar de lo que sucedió en eso que llaman amor y que no fue más que una desvergonzada bacanal. Está bien el amor libre, pero lo que he oído…

—El profesor Norton estaba abajo —observó la otra profesora—. Él podrá explicar mejor lo que ocurrió.

Todos miraron al benjamín del profesorado.

—¿Qué puede contarnos, profesor Norton, quién pudo desencadenar lo ocurrido?

—No lo sé, pero siempre existe la posibilidad de que alguien, maliciosamente, drogara las bebidas refrescantes sin que los jóvenes se dieran cuenta. Por lo que yo puedo decir, no vi que nadie tomara droga alguna.

—¿Usted también tomó de esas bebidas drogadas? —preguntó la profesora Schneider, frunciendo la nariz.

—No he notado tales efectos, claro que yo me marché de la playa antes de que ocurriera lo que nos ha reunido aquí.

—¿Y por qué abandonó la playa? —inquirió el rector.

—Verá, un joven se puso enfermo, cogió fiebre. Precisaba ayuda y lo trasladé a un pabellón con la ayuda de una muchacha estudiante.

—¿Y no notó algo raro en el ambiente?

—La verdad, el fuego de campo transcurrió muy bien hasta que yo me fui. Ni soñar que pudiera acabar como lo hizo.

—Bien, será preferible terminar con este asunto y correr un tupido velo, pero no habrá más fuegos de campo.

—Si me permiten una opinión…

—Adelante, profesor Norton.

—Pues estimo que en un lugar de cultura y vacaciones en un tiempo como es este no debería haber prohibiciones. No es bueno para el ambiente estudiantil, de su normal deseoso de rebelarse ante las prohibiciones, sean cuales fueran.

—Entonces, ¿pretende que debemos permitir que vuelva a suceder lo de anoche?

—No, claro que no. Las peleas pueden terminar mal, hubo heridos y otras cosas más.

—¡Y tantas cosas más! Varias muchachas fueron violadas y, si sus familiares hacen una denuncia, a todos se nos caerá el pelo.

—No creo que las chicas fueran violadas —objetó la profesora germánica—. Es posible que ellas también colaboraran en la orgía. ¿No le parece, profesor Norton?

—Lo que me parece es que se debería citar a los representantes electos de los estudiantes y reprobarles su actuación, es decir, la de todos. No prohibir el fuego de campo, pero sí limitarlo en horario de diez a once, por ejemplo.

—¿Eso es lo que usted piensa, profesor Norton? —inquirió el rector casi agresivo.

—Si permiten que la emita, mi opinión es ésa.

—Está bien, es su opinión. ¿Quién más está con ella?

Los demás profesores levantaron sus manos y las dos profesoras, al ver tantas manos alzadas, elevaron las suyas más o menos tímidamente.

—Está bien, así se hará, pero como se repita lo ocurrido el fuego de campo en la playa será prohibido. Buenos días.

La reunión se disolvió. Jacky Norton esquivó a las dos profesoras que parecían dispuestas a acosarle. Con zancada rápida, fue hacia la playa y allí vio a estudiantes tomando el sol o bañándose.

—¡Jacky, Jacky!

Dalilah estaba en el agua y levantaba su brazo para que él la viera. Jacky agitó su mano como respuesta, se quitó la camisa, los pantalones y como llevaba un bañador debajo, corrió hacia el agua y se zambulló. Al aflorar de nuevo en la superficie, nadó hacia

Dalilah hasta llegar a su altura.

—Jacky, ¿cómo ha ido?

—Habéis salido mejor librados de lo que esperaba.

—¿Van a prohibir algo?

—No, pondrán algunas limitaciones solamente, aunque debieran haberlo hecho; por lo que sé, lo que ocurrió en el fuego de campo fue desastroso.

—Yo no me di cuenta de nada, como nos llevamos a Daniel enfermo.

—Hubo varios heridos, podían haberse matado.

—Hay cinco en su cama, ¿verdad?

—Sí, uno recibió un botellazo en la cabeza. ¿Y las chicas?

—Han preferido no hacerse ver, pero…

—Violaciones, ¿verdad?

—Sí, creo que Marietta fue una de las atacadas.

—¿Por algún chico con el que sale?

—No, por tres.

—Dios mío, qué barbaridad, creo que debería intervenir la policía.

—Marietta prefiere echarle tierra al asunto. Fue como si de todos se apoderara una especie de locura.

—Si esto se conoce fuera de aquí, va a ser un escándalo. Menos mal que ningún periodista ha metido su nariz en esto, se podía haber escrito un reportaje para poner los pelos de punta.

—¿Nadamos un poco?

—Sí, claro.

Los dos jóvenes nadaron con fuerza.

Daniel había dormido profundamente gracias a las pastillas calmantes que le administrara el médico de la colonia universitaria que había recomendado que el muchacho fuera visitado por un psiquiatra o, cuando menos, por un psicólogo para averiguar qué motivaba su desequilibrio emocional.

—¿Qué ha sido de Erika? —preguntó Jacky camino de los pabellones acompañando a Dalilah.

—Es raro, pero tampoco vino a dormir. No comprendo su actitud.

—¿No has hablado con ella?

—No, no he tenido ocasión. La vimos danzar ayer, pero nada

más. Parece que Daniel está enamorado de ella y a lo peor Erika no le hace caso, quizá por eso se ha puesto enfermo, aunque, la verdad, no creí que a estas alturas nadie pudiera enfermar de amor.

—La verdad es que yo también noté algo raro en Erika.

—¿El qué?

—No la había visto antes, pero escogió un maquillaje muy extraño y por ello impresionó a Daniel.

—Erika siempre ha sido un poco extravagante, lo que no sabía es que pudiera danzar como lo hizo alrededor del fuego.

—Había un cierto embrujo maligno en el aire.

—Si continúas hablando así, voy a tener que dar crédito a los desvaríos de Daniel —se rió Dalilah.

—Será mejor que lo escuchemos, si es que insiste en su obsesión.

Daniel acababa de despertar cuando entraron en su dormitorio. En la misma habitación sólo había otra joven, las otras dos camas estaban vacías. El que es taba en la cama mostraba señales evidentes de erosiones en la cara y brazos que podía habérselas hecho en un fuerte rozamiento con la arena o con un puño sucio de arena. Estaba leyendo *Playboy* y se volvió hacia los que acababan de entrar.

—Hola, *teacher*, hola, Dalilah.

—Hola —saludaron ambos, y miraron a Daniel que estaba con los ojos muy abiertos, sin decir nada y mirando al techo.

—¡Daniel! —le llamó Dalilah.

—No le hagáis mucho caso, está como borracho. Ayer debió ser de los que más bebieron, menudo cacao.

—¡Daniel! —interpeló ahora Jacky Norton.

—Está muerta. Quería llevárseme, quería llevárseme, seguro que a los infiernos —repitió Daniel.

—¿Lo oís? Todavía le dura la melopea. —El que leía el *Playboy* bostezó.

—Daniel, ¿por qué no salimos un poco a pasear? —le propuso Jacky.

—Tengo miedo —musitó Daniel sin mirarles. Seguía con los ojos muy abiertos y clavados en el techo.

—Anda, Daniel, sal a pasear, te sentirás mejor —le pidió Dalilah. Jacky le cogió por el brazo y entonces Daniel reaccionó bruscamente.

—¡Dejadme en paz!

—Yo me largo —rezongó el joven que leía la revista—. Me irá bien tomar el sol. —Y se tocó las reliquias que le habían quedado de la noche anterior.

Jacky se sentó en la cama junto a Daniel y le preguntó amigable:

—¿Tú amas a Erika?

—La amaba, ahora está muerta.

Dalilah miró a Jacky y éste se encogió ligeramente de hombros, suspirando.

—¿Y por qué supones que está muerta?

—La vi morir en el museo de la Fundación Aqueronte.

—¿Cómo? —preguntó Dalilah parpadeando.

—¡Aquel lugar está maldito, maldito, maldito! ¡Erika se bañó en el estanque, le dije que no se bañara, que no lo hiciera, pero ella se obstinó!

—¿Quieres decir que la dejaste muerta dentro del estanque? —inquirió Jacky dando un tono conciliador a sus palabras.

—Sí, fui un cobarde, lo sé. Huí corriendo, yo vi la momia en la cripta… La momia no quería que la volviera, a cubrir con la losa. Erika tuvo razón en un principio, recuerdo muy bien que dijo: «¡Daniel, Daniel, esa momia me mira!». «¿Cómo va a mirar, si no tiene ojos?», le respondí burlándome. Y ella insistió: «¡Pues me mira, me mira!». Y se marchó corriendo. Yo intenté volver a cubrir el sepulcro, pero no pude. Fui tras Erika y la encontré ya junto al estanque. Allí quedó su blusón blanco. Está muerta.

—¿Y cómo explicas que danzara en el fuego de campo, es decir, en la fogata de la playa? —inquirió Dalilah, sobrecogida a su pesar.

—Era su espíritu, pero maligno; jamás he pasado tanto miedo, jamás.

—¿Crees que el espíritu de Erika vaga suelto por este lugar?

A la pregunta de Dalilah, el joven se incorporó, apoyándose en el lecho con los codos y dijo obsesivamente:

—Sí, sí, sí… —Y se dejó caer hacia atrás, cerrando por primera vez los ojos.

—Será preferible que descanses un poco más —dijo Jacky. Mirando a Dalilah, pidió—: Vámonos, hay que dejarle tranquilo.

Salieron al corredor y Dalilah le preguntó al joven profesor:

—¿Qué opinas?

—Que está trastornado y que debe ser visitado por un psiquiatra. En el estado en que se halla, puede cometer cualquier locura. La verdad, ayer noche creí que su estado se debía a un exceso de alcohol o quién sabe a qué combinado de droga con la bebida, pero por lo que veo ahora, la cosa es más profunda.

—¿Y qué piensas hacer?

—Advertiré al rector para que haga que Daniel sea visitado por un psiquiatra, será lo mejor.

—Y después qué ocurrirá, ¿lo llevarán a algún sanatorio?

—No lo sé, puede que sea devuelto a su país de origen e internado allí convenientemente. Disculpa un momento, allí veo al rector. Luego, tú y yo ya veremos qué hay de ese museo privado, ¿eh?

—Sí, como quieras.

Jacky corrió hacia el rector y le expuso lo que sucedía con Daniel. El rector se llevó la mano a las cejas y exclamó:

—Vaya, eso sí que es un problema. Avisaré al doctor para que determine lo que hay que hacer con ese muchacho. Daniel dice que es, ¿verdad?

—Sí, no sé el apellido, pero está en la cuarenta y cuatro.

—De acuerdo, ya me encargaré yo de ese asunto. El rector se alejó, siguiendo el camino que llevaba.

Jacky Norton se volvió entonces hacia Dalilah y caminó hacia ella.

CAPÍTULO V

—Lo siento, señorita, pero no puedo cursar su telegrama si no me lo paga.

Marietta estaba como distraída, casi incapaz de fijar su atención en nada concreto. Sus ojos mostraban profundas ojeras y su boca mantenía un gesto amargo.

—Pero si tengo dinero…

—Claro, claro. ¿Lo tiene aquí?

Se miró los bolsillos y sólo salió un pañuelo.

—Es que he salido muy aprisa de la colonia y me he olvidado el billetero.

—En ese caso, vaya a buscarlo y regrese.

—Es que yo quisiera que saliera ahora —insistió Marietta.

El funcionario, que utilizaba un gran bigote, propio de los mediterráneos, movió la cabeza, vacilante.

—Mire, yo le guardo el telegrama que usted quiere enviar; aquí al lado de la ventanilla estará esperando a que usted regrese con el dinero para abonarlo. Comprenda que si todos vinieran lo mismo yo no podría seguir en este puesto, el reglamento es el reglamento. Si hay algún amigo suyo por la villa y le presta el dinero, estaré esperando, no cerramos hasta dentro de dos horas.

Marietta salió de la oficina de telégrafos más aturdida de lo que entrara. Había tomado la determinación de abandonar la Universidad Libre de Verano tras lo ocurrido la noche anterior y no quería ver a nadie, a ninguno de los muchachos.

Lo cierto era que no recordaba bien las caras de quienes la habían violentado en la playa. Ella misma era consciente de que había bebido en exceso e incluso podía haber sido provocativa, lo que no terminaba de comprender es por qué jamás había sido de

aquella forma. Todo era inexplicable y desagradable, profundamente desagradable.

Se sentía tan sucia como para desear huir sin ver a nadie, por ello había preparado el texto de aquel telegrama solicitando un giro a su familia que le permitiera regresar en avión a su patria.

Anduvo por las calles de la villa llena de colorido por el turismo veraniego y estuvieron dos veces a punto de atropellarla.

—¡Métete en la cama, encanto! —le gritó un tipo maduro dando un frenazo.

Marietta no hizo ningún caso, no prestó atención a aquellas palabras ni a otras que le dijeron. Iba ensimismada, absorta, en su problema interior. Vestía pantalones ajustados y camisa, todo en ropa tejana, y el atuendo la hacía más delgada, más poca cosa de lo que ya era.

Lo más hermoso de Marietta eran sus largos cabellos negros y sus pechos, grandes, llenos, casi desproporcionados para el resto del cuerpo y que hacían que muchos chicos se le acercaran atraídos por sus opulencias mamarias, quizá frustrados por haber tomado un exceso de biberón en su niñez.

Cruzó la villa y salió a la carretera que conducía hacia la colonia universitaria, una carretera de escasa circulación. Se detuvo junto al asfalto para hacer autostop y así poder regresar a la colonia en busca de dinero. Podía haber cursado el telegrama desde la propia colonia, pero no lo hizo porque no deseaba que se enterasen de su deseo de huir, de escapar, de no ver a nadie.

Vio avanzar un automóvil grande, un «Chrysler» de color negro que rodaba despacio y se detuvo junto a ella, que había levantado el pulgar.

—Oiga, ¿va a la colonia universitaria? —inquirió Marietta inclinando su cabeza para que quedara enmarcada por la ventanilla.

El hombre que conducía el «Chrysler» tenía un aspecto fúnebre, su piel era demasiado blanca para vivir en aquel lugar. Su rostro era muy anguloso, se le adivinaba alto y parecía como si al hablar no deseara abrir demasiado la boca para no mostrar unos dientes largos y agudos que podían llegar a causar inquietud.

—Sí, voy hacia allá, te puedo llevar.

Marietta tuvo un deseo instintivo de retroceder, de volverse atrás en su petición de autostop. Aquel hombre no le inspiraba

confianza, pero él, estirando su larguísimo brazo, le había abierto ya la portezuela, invitándola a subir.

—Pasa.

La muchacha se sentó en el amplísimo asiento y el «Chrysler» reanudó la marcha. Marietta le miró de reojo. Aquel hombre no parecía tener deseos de charla, lo que la tranquilizó. No le gustaban los tipos que de principio querían caer simpáticos cuando lo que en realidad hacían era preparar el terreno de una forma más que burda para abusar de quien sólo le había pedido un poco de ayuda.

Cuando llegaron a la altura del museo de la fundación Aqueronte, el «Chrysler» se salió de la carretera y se acercó al edificio del museo, alejado de la villa. Entonces, el hombre le dijo a Marietta:

—Pararemos en el museo, soy su director gerente; son sólo unos minutos para recoger unas cosas que quiero consultar con el rector del curso de verano. Supongo que tú eres una de las estudiantes.

—Sí, sí, señor, lo soy.

El hombre puso el freno de mano y se apeó del «Chrysler» con toda naturalidad, invitando a Marietta a hacer lo mismo.

—Sal. ¿Has visitado mi museo?

—Pues no, pero ahora…

—Vamos, sólo te entretendrás unos minutos.

—Es que no quisiera estorbar, esperaré en el coche.

—¿Vas a despreciar lo que hay en mi museo? No te obligo a verlo todo, sólo pasa mientras recojo unos documentos.

Marietta no vio posibilidades de rechazar la invitación y se apeó del automóvil. Entonces se dio cuenta de la elevadísima estatura de aquel extraño personaje cuyo rostro resultaba casi cadavérico.

Entraron en el museo privado sin ningún problema, la puerta estaba abierta.

Las pisadas hallaron eco y Marietta constató la soledad de aquel museo que no parecía interesar demasiado a la gente.

—Tengo aquí muchas cosas que pertenecen a hallazgos arqueológicos de la colonia griega en la que tú pasas las vacaciones, pero también tengo cosas traídas de Egipto, del lejano Oriente y de América. Es un museo arqueológico un tanto informal, por ello los ortodoxos de la investigación lo desprecian, pero saben que tengo aquí piezas únicas y en muchas ocasiones han intentado comprarlas,

mas no se venden. Este museo se mantiene bien a sí mismo mediante aportaciones voluntarias de orden internacional.

Marietta pasaba la mirada por encima de las vitrinas, de las estatuas, sin prestarles atención, aunque tenía la impresión de que todo era desagradable y horrible.

—Voy a mi despacho, vuelvo enseguida. Ve mirando lo que quieras, el museo no es grande. Enseguida estaré contigo.

—Sí, estaré por aquí —asintió ella como si la hubieran sacado de un ensimismamiento.

Vio alejarse al hombre que ni siquiera se volvió para lanzarle una ojeada.

Tuvo una fuerte sensación de desasosiego y sacudió sus hombros como para desprenderse de ella, como si esa sensación fuera algo físico, una prenda de ropa que con aquel movimiento de su cuerpo podía lanzar al suelo.

Anduvo sin el menor interés por lo que allí había, pese a que en el cursillo de verano había aprendido ya muchas cosas sobre arqueología, especialmente griega, como para poder entretenerse observando.

Deseaba salir de allí cuanto antes y buscar su monedero para regresar otra vez a la villa y pagar el telegrama que enviaba a su familia. Avanzó por las salas cuando escuchó un gemido lejano y profundo que la hizo detenerse y prestar más atención.

Era el lamento de alguien que sufría… Atraída por aquel sonido, avanzó entre dos salas hasta quedar frente a una escalera descendente que, atravesando un arco, se hundía en una sala subterránea. Había dos clavos sobre el muro, pero el letrero que debía colgar de ellos había desaparecido.

El gemido pudo escucharse ahora más fuerte, un gemido que sin duda alguna procedía del fondo de la sala subterránea. Marietta vaciló y miró atrás como buscando la figura del director del museo. Al no verle, comenzó a descender los peldaños despacio, con temor.

Marietta se sentía impelida por la curiosidad, quería averiguar de qué lugar surgía aquel gemido, aquel lamento que no parecía humano.

Así, peldaño a peldaño, descendió hasta llegar a la cripta que en nada se parecía a las restantes salas del museo, ya que techo y paredes conservaban todo el aspecto de haber sido excavadas en

roca natural, si es que no había sido construida especialmente para el museo.

Allí abajo, pese a ser verano, hacía helor unido a un olor desagradable.

Había muy poca luz, que salía de algún lugar en forma indirecta y daba al recinto un aspecto más fantasmagórico e inquietante. Su vista se paseó por los sepulcros que tenían inscripciones griegas cinceladas. Avanzó entre ellos hasta ver que dos tenían la tapa un tanto desplazada.

Se aproximó a la primera de las tumbas caminando de puntillas instintivamente, como si temiera despertar a alguien.

La nuez se atravesó en su garganta al contemplar la momia de ojos vacíos y boca entreabierta. Aquella visión le repugnó y giró la cabeza. Le atraía la arqueología, pero no las momias y aquella que tenía como moho en sus cabellos y despedía aún mal olor, le obligó a echarse hacia atrás.

Aquella momia no podía tener demasiado tiempo, no era milenaria. Todavía rechazaba mentalmente esta idea cuando hasta ella llegó claramente otra vez el gemido.

Volvió la cara con rapidez hacia la otra tumba que tenía la tapa desplazada en parte, aquellas tapas de piedra que se adivinaban muy pesadas.

Marietta experimentó una profunda sensación de ahogo, le costaba respirar. Había dado un paso atrás y tenía actitud de echar a correr para huir de aquella terrorífica cripta, mas otro gemido la obligó a avanzar hasta la tumba y mirar por el hueco hacia su interior.

Un grito corto pero fuerte, espontáneo, brotó de su garganta. Después, sus manos y sus labios temblaron.

—Erika —musitó en voz baja.

Erika estaba tendida dentro del sarcófago de piedra. Su tez mostraba un blanco azulado y sus labios tenían un color casi morado. Los cabellos rubios estaban desparramados. Tenía los ojos cerrados y los gemidos los exhalaba por la boca entreabierta.

—Muy bien, chiquilla, ya la has visto.

La voz del hombre la sorprendió tanto como la visión de Erika dentro del sepulcro de aspecto milenario. Ahogó un grito y a la entrada de la cripta descubrió al altísimo director-gerente del

museo. El mismo semejaba un cadáver viviente y la capa negra que se había puesto contribuía a darle un aspecto más siniestro.

—¿Qué significa esto, por qué Erika está ahí dentro?

—Erika es va una mensajera.

—¿Mensajera? No entiendo… —balbució fallándole la voz, buscando febrilmente la posibilidad de echar a correr y escapar.

—Sí, una mensajera. Yo, Aqueronte, al que todos conocen por John Smith Brown, tengo como invitado al Maligno de los atlantes en mi museo.

—¡Usted está loco, loco!

—No, mi querida pequeña, no estoy loco. El maligno de los atlantes se sumergió con toda la Atlántida, pero no porque se hundiera al mismo tiempo que el continente de los atlantes, sino porque nosotros, los griegos que les habíamos vencido y derrotado, capturamos a su Maligno y lo arrojamos al sur del continente hendido para que se sumergiera en la fosa más profunda. Ahora puebla el mundo otra civilización arrogante y será destruida como la de los atlantes, por eso fui al océano en busca del Maligno. Sabía cómo encontrarle, lo dejaron escrito mis ancestros hace milenios en un libro que les fue robado por los kabiros. ¿Sabes quiénes eran los kabiros?

—No, no, yo, yo tengo prisa…

Aqueronte avanzó entre las tumbas y siguió hablando:

—Los kabiros eran una tribu egipcia que trataba con mimo a los viajeros y jamás les robaban hasta que los viajeros habían salido de su territorio. Ellos robaron el libro que al fin llegó a mis manos y con cuyas instrucciones he hallado al Maligno de los atlantes y lo tengo como huésped. Como él no puede desparramarse por toda la tierra, estoy preparando a las mensajeras que irán por todos los pueblos y propagarán el mal, el odio, la envidia, el crimen, la lascivia. Todo será lucha y corrupción degradante hasta que la altiva civilización de Occidente se destruya por sí sola bajó el influjo maléfico de las mensajeras del Maligno. Tú tendrás el honor de ser una de ellas. Yo, Aqueronte, aquel que cruza el río con las almas para llevarlas al infierno, precipitaré al averno esta civilización que ya está corrompida y a la que sólo falta dar un empujón para su despeñamiento.

Marietta, muy asustada, pensó que aquel hombre estaba loco y

que era peligroso, mas no veía la forma de escapar. Él, con su elevada estatura, con sus larguísimos brazos, tapaba toda posibilidad de salir de la cripta y la joven era consciente de su pequeñez frente a aquel ser siniestro.

—¿Por qué, por qué está Erika dentro del sepulcro?

—Erika es una mensajera, ya te lo he dicho, y lo será durante cien años, porque no va a ser enterrada. Yo no paso el río a las ánimas que no han sido enterradas hasta que pasan cien años.

Marietta recordó entonces haber leído algo sobre Aqueronte en un libro de demonología griega, pero todo lo que decía aquel hombre no podía ser, estaba loco y ella había hecho muy mal en subir a su automóvil y entrar luego en el museo en el que parecían estar solos.

Mientras Aqueronte avanzaba, ella retrocedió entre las tumbas de la momia y la de Erika. De pronto, aparecieron las manos de ambas entre los huecos que les dejaban las tapas de los respectivos sepulcros. Manos y brazos buscaban coger a Marietta que chilló mientras los dedos de la momia rozaban su camisa y Erika también trataba de apresarla.

—El Maligno de los atlantes corrompe todo lo que hay en derredor, todo, es grandioso. Aqueronte rió aterrorizando a Marietta que, sacando fuerzas de flaqueza, saltó por encima de la tumba y corrió hacia la salida. Aqueronte trató de alcanzarla con su mano, mas sólo la rozó con las puntas de sus uñas.

—¡No escaparás, no escaparás!

Las manos de la momia y de Erika continuaron retorciéndose en el aire mientras Aqueronte corría hacia la salida de la cripta.

Marietta, lanzando pequeños gritos de terror, consiguió subir las escaleras y corrió entre todas aquellas estatuas mutiladas y siniestras, entre las vitrinas conteniendo cráneos carcomidos.

Empujó una puerta de cristal y en vez de hallarse en la salida como esperaba, en su ceguera por escapar de Aqueronte, se encontró en otra sala apenas sin luz.

Corrió hacia otra puerta, la empujó y fue a parar al claustro del musco con su jardín y su estanque de aguas limpísimas.

La risa fuerte, sarcástica y sobrecogedora del falso John Smith Brown se propagó por el claustro. Como temiendo ser atrapada por sorpresa. Marietta saltó al jardín, ya que veía demasiadas puertas

que daban al claustro y por cualquiera de ellas podía aparecer el siniestro personaje que la perseguía.

—¿Sabes dónde está el Maligno, pequeña?

Marietta no buscaba con la mirada al Maligno del que tanto le hablaba el repulsivo sujeto, sino al propio Aqueronte que podía salirle por cualquier puerta y de la forma más inesperada.

—¡Déjeme salir, yo no sé nada de usted, no me interesan sus cosas, déjeme salir!

—¿Sabes dónde está el Maligno? —le preguntó la voz que le llegaba de todas partes, sin conseguir verlo—. El Maligno está en el estanque y ahora te tomará para convertirte en una mensajera. Morirás como Erika y dentro de cien años llevaré tu ánimo al infierno. Antes, tu alma y tu cuerpo, incorrupto por lo menos hasta cierto punto, se paseará por la Tierra para propagar el influjo del Maligno, el poder expansivo de lo que los cristianos llaman el demonio. Muchos no creen en él, incluso lo han pintado dándole formas ridículas. Tú, pequeña, tienes la oportunidad de verle con tus ojos de mortal antes de que corte el hilo de tu vida.

Marietta, incrédula pero inquieta, volvió la cabeza y dentro del estanque descubrió la extraña piedra heptagonal oscura con matices morados, aquella piedra a la que de pronto le aparecieron dos ojos alargados de mirada malvada, unos ojos que en principio pensó podían estar pintados allí, pero no, aquellos ojos se movieron y se centraron en ella, dándose cuenta la joven del fuerte influjo que emanaba de ellos. Sí, era cierto que en nada se parecía al diablo pintado por los artistas medievales, pero quizá Aqueronte tenía razón y allí estuviera el Maligno…

Quiso retroceder y entonces se percató de que sus pies no obedecían, era como si hubieran quedado clavados en la Tierra. Se inclinó para cogerse de los tobillos como para ayudarse a sí misma a retroceder, pero no consiguió nada y entonces una fuerza que partía del estanque fue atrayéndola lenta pero inexorablemente.

Marietta comenzó a sollozar de terror al comprobar que sus pies avanzaban hacia el estanque donde aquellos maléficos ojos permanecían fijos en ella.

—¡No, nooooo!

Los pies, contra su voluntad, llegaron al borde del estanque hasta que lo rebasaron. Para no caer dentro del agua, Marietta se

tumbó en el suelo arañando la tierra para no seguir cediendo, pero era como si unos garfios poderosos hubieran sujetado sus pies y jalaran y jalaran de ellos, entrándola en el estanque.

Se hundieron sus pies en el agua, notó su contacto y luego en las rodillas. Siguió clavando las uñas en la tierra y éstas se destrozaron. La sangre brotó de sus dedos mientras, entre sollozos, movía la cabeza negativamente. No quería ceder.

—¡Socorro, auxilio!

Notó el agua en su bajo vientre y luego en la cintura. No podía evitar ser introducida en el lago. Sus pechos grandes, voluminosos, rozaron contra el borde del lago y de pronto…

—¡Agggg!

Cayó al agua, manoteó tratando de nadar, mas se hundió. No pudo aflorar su rostro en la superficie pese a tratar desesperadamente de conseguirlo. El Maligno la fue centrando en el estanque y, entonces, comenzó a girar bajo el agua que se tornó roja hasta que la imagen de Marietta dejó de ser visible y sobre el cielo del claustro aparecieron un puñado de gaviotas que chillaban frenéticamente mientras volaban en círculo. Una risa maléfica se expandió por el claustro.

El museo parecía haberse convertido en una gran trampa en la que quedaban atrapadas las jóvenes que luego encontrarían su lecho en los sepulcros de la cripta.

CAPÍTULO VI

Jacky Norton estaba dando su primera clase de lexicografía griega en la arqueología.

Había pasado lista después de presentarse brevemente y el ambiente estaba francamente sombrío, todos los muchachos y muchachas reflejaban el malestar en sus rostros. Eran conscientes de lo ocurrido en el fuego de la playa y también habían recibido la correspondiente repulsa de la superioridad, así como la orden de limitar el tiempo del fuego en la playa y la prohibición de ingerir bebidas alcohólicas a partir de las nueve de la noche.

No habían asistido todos a la clase pese a que se había hecho correr la voz de que Jacky Norton les había defendido delante del rector.

Jacky no hizo ningún comentario de las ausencias y comenzó a dar su clase en aquel cursillo acelerado de verano.

Como encerado utilizaba la propia tierra y con una rama afilada con una navaja dibujaba en el suelo los signos que quería explicar. Los alumnos le rodeaban medio sentados en piedras o en el propio suelo. Cada cual se había acomodado donde mejor le había parecido y al lado de quien más le complacía.

Dalilah se hallaba sentada en el suelo junto a Vera, que lucía una cabellera pelirroja con una permanente de ricitos pequeños y abundantísimos a la moda *afro*, lo que la hacía muy vistosa, pues su cabello de fuego podía verse desde lejos. Era una forma de llamar la atención con el pelo y que los chicos se fijaran menos en su piel, totalmente llena de pecas.

—¿Sí? —preguntó Jacky mirando a Vera que había levantado un dedo.

—¿Qué tanto están en contra las historias, las leyendas y la

mitología griega con la arqueología?

—Pues no están tan en contra como pudiera parecer. No soy un experto en esa temática; no obstante, a medida que se avanza en la arqueología, se confirman muchas de las guerras e historias en general que se tienen de la Grecia antigua. Se decía que la guerra de Troya era una historia de ficción hasta que Heinrich Schliemann descubrió en 1871 las ruinas de la ciudad en Hissarlik.

—Pero la mitología… —siguió objetando Vera.

—La mitología era una forma de narrar acontecimientos naturales sublimándolos, haciéndolos grandiosos y sacándolos así de la realidad por su forma, no por su fondo. Por ello, se pueden utilizar como normas más o menos moralizantes o de socialización teniendo en cuenta siempre que el sentido de la moral es cambiante según la época. Tampoco nos podemos tomar a rajatabla y taxativamente lo escrito en la Biblia, todo requiere sus oportunas interpretaciones.

»Precisamente, lo que hace la arqueología es dar claridad y concreción, no aceptar nada que no sea comprobable y de lo cual se puedan obtener pruebas físicas. Cuando la arqueología ratifica la historia, entonces hemos hallado la verdad de lo ocurrido, aunque sea una verdad general, sin pequeños detalles que luego los escritores se encargarán de añadir con su imaginación.

Otro chico levantó la mano y preguntó casi de inmediato, bastándole con que Jacky le mirara:

—¿Es cierto que los atenienses, milenios antes de Cristo, derrotaron a los atlantes?

—Sobre los atlantes y su continente, la Atlántida, se ha escrito mucho y hay también muchas investigaciones parciales, mas la arqueología aún no ha determinado nada y en este caso debe ser la arqueología quien hable. No obstante, si nos atenemos a los escritos, existen dos fragmentos del Timeo y del Critias, diálogos de Platón, en los que se habla que nueve mil años antes de Cristo existieron los arrogantes habitantes de la Atlántida, que se hallaba más allá de las Columnas de Hércules, es decir, el peñón de Gibraltar y Ceuta. Los atlantes eran seres más altos y arrogantes que los hiperbóreos del Norte o los mediterráneos. Este libro cuenta que los atlantes quisieron conquistar Atenas y fueron derrotados y expulsados por los atenienses. Poco después, el océano engulló la

Atlántida con ellos dentro y que las islas Azores e incluso las Canarias son restos esparcidos de lo que pudo ser el continente de la Atlántida. Todo eso está reflejado en relatos muy antiguos, no sólo de Platón sino de Teopompo, Plinio y muchos otros autores, mas la arqueología no ha determinado nada pese a que hay muchos que investigan en el océano Atlántico donde se dice que algunas de las colinas submarinas no son tales, sino pirámides que otrora fueran de los atlantes y que ahora se hallan cubiertas de vegetación y microorganismos subacuáticos. Esperemos que algún día las grandes naciones se tomen en serio estas investigaciones y se pueda saber qué hay en la Dorsal Atlántica que en algunos puntos está a flor de agua pese a hallarse en mitad del océano Atlántico, y eso los marinos lo saben muy bien. —Suspiró—. Bueno, ahora proseguiré con la lexicografía de la Grecia antigua que es, en realidad, la clase que se me ha encargado os dé.

Jacky Norton continuó la clase tratando de no aburrir a los que habían acudido a escucharle. Si a éstos les interesaba, lo comentarían con los que habían faltado y al día siguiente tendría más oyentes.

—Jacky, ¿te vienes a la playa antes de cenar?

—Hola, Dalilah.

—Ésta es Vera —presentó a su compañera de la espectacular melena pelirroja.

—Hola, profesor.

—Llámame Jacky —le sonrió, y luego, mirando a Dalilah, dijo —: ¿Por qué no?

—Entonces, te espero en la playa. Te tengo reservada una sorpresa.

—¿Una sorpresa?

—¡Hasta luego!

Jacky Norton las vio alejarse, corriendo y riendo entre ellas.

Se dirigió al pabellón del profesorado, dejó sus libros y se puso el traje de baño.

—Profesor Norton, profesor Norton…

—Hola, profesora —respondió, saludando a la rubia germánica entrada en carnes y llena de bolsas dermocarnosas con la que se topó en el corredor de salida.

—Nos hace falta un hombre tan listo como usted para completar

la partida de *bridge*.

—Ah, pues muy bien, algún día jugaré.

—Algún día, algún día —suspiró—. Es esta misma tarde, antes de cenar, y si la cosa va bien, prolongaremos la partida después de la cena. Ya verá lo bien que lo pasamos, será usted mi pareja, ¿eh?

—Ah, pues lo siento, pero tengo que dar unas clases adicionales de griego a un alumno que lleva esta asignatura pendiente en su propia Universidad. Buenas tardes, profesora. Antes de que ella pudiera objetar nada, Jacky se alejó. Salió del pabellón y dio un amplio rodeo antes de encaminarse a la playa, puesto que imaginaba que la profesora germánica le seguiría con la mirada.

—¡Jacky, Jacky!

—¡Eh, Dalilah! —Corrió hacia ella y buscó en derredor—. ¿Y Vera?

—Se ha marchado con un amigo.

—Bueno, dos mejor que tres.

—Eso es y mira la sorpresa…

Le señaló una embarcación náutica del tipo patín marino.

—¿Es tuyo?

—Lo he tomado en alquiler hasta mañana, va con pedales. Cargamos las cosas encima de él, lo empujamos hasta que flote, nos subimos a él y nos sentamos.

Comenzamos a pedalear como si fuera una bicicleta y la rueda de palas bate el agua haciéndonos avanzar.

—¿Me propones una excursión marítima?

—Sí, ¿qué te parece?

—¡Magnífico!

Dalilah se despojó del blusón de tela india celeste y quedó en bikini, un bikini amarillo que contrastaba con el color tostado de su piel. Dalilah era muy hermosa. No podía decirse en absoluto que estuviera gorda ni delgada, no se le notaba ningún hueso a flor de piel. Tenía una cintura estrecha y sus caderas, sin ser excesivamente amplias, resultaban redondeadas, ajustadas con las nalgas coquetonas, si es que podía dárseles este adjetivo.

Los pechos también eran firmes, altos, redondos. A Jacky le gustaba Dalilah y los motivos saltaban a la vista.

Habían congeniado nada más verse por primera vez, y cuando estaba junto a él Dalilah era risueña, reía con facilidad y parecía

pasarlo muy bien. Por contra, Jacky era alto y, aunque pareciera delgado, la amplitud de sus hombros le calificaba como un hombre atlético.

Empujaron la embarcación de recreo hacia el mar y las dos bandas paralelas flotantes quedaron sobre el agua. Ambos se subieron al asiento doble colocándose uno junto al otro y montando los pies sobre los pedales comenzaron a desarrollar la fuerza de los músculos de sus piernas.

Sin dificultades, sobre, una mar llana, el patín veraniego se deslizó suavemente, sin rapidez, puesto que no llevaba vela que recogiera los vientos ni otro motor que las piernas de la pareja.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Jacky.

—En dirección norte hay varias calas pequeñas, son como bahías minúsculas. Yo sé de una que es preciosa y resulta difícil llegar a ella.

—¿Has ido antes?

—Sí, fui con Erika que quiso mostrármela.

—¿Y a ella se la descubrió algún amigo?

—Sí, claro —se rió Dalilah.

—¿Está muy lejos?

—No, pedaleando con este patín tardaremos una media hora. Si la corriente se pone en contra, quizá algo más.

—Pues entre ida y vuelta y el rato que estemos…

—¿Piensas ya en la cena?

—¿Por qué no?

—Ah, los hombres siempre pendientes de su estómago. No temas, en la nevera he traído cena para los dos.

—Vaya, estás en todo… —se burló él.

—Pues claro. Las chicas modernas empleamos unas estrategias distintas a las jóvenes de hace medio siglo.

—¿Debo considerarme raptado?

—Si eso es lo que quieres poner en tu repórter de la escuela…

—Lo pensaré, pero lo más importante es llegar.

Comenzó a pedalear con fuerza y se notó que aumentaba la velocidad del patín. Rebasaron varias calas y cuando llegaron a un lugar donde las rocas se internaban en el mar, descendiendo del acantilado, Dalilah dijo:

—Es ahí. Tienes que virar junto al segundo grupo de rocas. Este

lugar es inaccesible por tierra e incluso por mar cuando el oleaje es bravo.

—Es un sitio precioso —admitió Jacky.

Movieron el timón y el patín viró sin dificultades. Pasó junto a las rocas y enfiló hacia otros dos grupos rocosos entre los cuales la veraniega embarcación pasaba con justeza.

Llegaron al otro lado de las rocas, abriéndose ante ellos una pequeña y redondeada playa totalmente solitaria. Arriba, el acantilado, y abajo, después de la arena, algunos pinos que protegidos del viento habían crecido altos y robustos.

—¿Qué te parece, Jacky?

—Maravilloso. ¿Y no vendrá nadie más?

—Esperemos que no —se rió Dalilah.

Desembarcaron en la recoleta playa y, poco después, se bañaban en las aguas tranquilas y límpidas. Había allí moluscos y peces que vieron turbada su tranquilidad en aquellos momentos, pero al poco nadaron sin problemas al no sentirse molestados.

Más tarde, después de haberse secado y cuando la tarde moría, Dalilah abrió la nevera y preparó la cena a base de bocadillos, fruta y botes de cerveza.

—¿Te parece bien?

—Oye, ¿y cuando uno se casa todo funciona así?

—¡Tonto!

—No, si lo pregunto en serio.

—Como aquí no hay platos que lavar —bromeó ella.

—Ese no es problema, se compra un lavavajillas y listos, ya no discutiremos por el *fifty-fifty*.

—¿Te estás burlando de mí, Jacky? —preguntó ella intensificando su mirada sobre el hombre para ver como respondía.

—No, claro que no, nada más lejos de mi intención. Mira, cuando termine de comerme el bocadillo y beberme la cerveza, te voy a besar, de modo que ya estás advertida, raptora.

—Entonces, hay que darse prisa.

Cenaron con apetito y no tardó Dalilah en saborear el gusto a cerveza en los propios labios masculinos.

—Jacky…

—¿Hum? —runruneó.

—¿Estás jugando conmigo?

—No.

—¿En serio?

—No, claro que no, eres tú quien juega conmigo; luego me dirás adiós si es que no me expulsan antes de la colonia por escándalo.

—¿Escándalo? —se rió ella—. Escándalo es lo que sucedió en la playa…

—Están todos los jefazos muy irritados, de modo que les hace falta alguien a quien cargar la culpa de lo sucedido y, en este caso, yo podría ser la persona idónea. Se me expulsaría y todos quedarían con las conciencias limpias y el sentido del deber cumplido. Incluso, si algunos familiares protestaban o se llegaba a saber algo en los organismos de la UNESCO, hablarían con vehemencia de mi expulsión y quedarían a salvo.

—¿Lo dices en serio, Jacky?

—Pues claro, pero no voy a dejar que me atrapen o, cuando menos, si me acusan, que tengan razón.

La volcó sobre la arena y besó su rostro y los párpados, que ella cerró. Besó sus hombros y siguió besando mientras ella le acariciaba los cabellos y entreabría los labios por los que escapaba un aliento de placer.

—No sigas, canalla —le pidió sin desear ser complacida.

—Estás salada como una sardina o, mejor, como una sirena; lo otro es cosa mía.

—¿Sabes, Jacky? Me temo que te vas a propasar demasiado.

—¿Tú crees?

—¿Y si nos vamos?

—¿Ahora que oscurece? Vamos, tiene que oscurecer del todo para que podamos regresar como dos contrabandistas sin que nos vean.

—Jacky, ¿soy para ti una aventura de verano? —preguntó mientras él pasaba sus labios por la piel femenina, subía y descendía de entre los pechos al vientre.

Dalilah le acariciaba la cabeza, le arañaba la barba y suspiraba entrecortadamente, lo que le hacía difícil el hablar.

—Hum…

—¿No quieres responderme, Jacky?

—No.

—¿Por qué, me estás engañando?

—No, soy claro como el agua de esta caleta adonde me has traído.

—Jacky, me siento bien. Sigue, sigue, pero…

—¿Qué?

En uno de sus estremecimientos, Dalilah hundió las uñas por debajo de los omóplatos masculinos.

—Yo te quiero, Jacky.

—Verano, calor, profesor, alumna…

—Bésame, Jacky, bésame y haz que no piense para que no sufra.

Jacky resbaló por encima del cuerpo desnudo de la mujer y encontró su boca, que besó como saboreando la más placentera de las frutas. Fueron besos absorbentes, cortos pero grandes.

Oscureció tan rápidamente que en medio de su pasión ellos no se dieron cuenta. El mundo, para ambos, se reducía a ellos dos, el uno con el otro. Abajo, la arena que aún conservaba cierto calor del día. Arriba, un cielo plagado de brillantes estrellitas y una luna que apenas se veía porque iba apareciendo por detrás del acantilado. En el ambiente, el olor a pino mediterráneo y un sabor a sal. Cerca de ellos, el rumor del agua lamiendo las rocas, como los labios de ambos lamían los cuerpos contrarios.

—Ah, ah, ah…

Dalilah suspiró muy fuerte, como nunca antes lo había hecho. En el último estremecimiento, abrió los ojos y vio el acantilado, por encima de los pinos. Descubrió lo que había en el acantilado y se asustó.

—¡Jacky, Jacky!

—¿Qué? —preguntó él sin desear romper el efusivo y ardiente embrujo de amor en el que se hallaba sumergido.

—¡Quita, quita, nos están mirando!

—¿Mirando?

—¡Sí, arriba!

Miraron ambos hacia lo alto. Allí, como contrastando con la luz de la luna, había una figura blanca, fantasmal, encarada con ellos.

—¡Es Erika, Erika!

—Sí, creo que es ella —admitió Jacky—. Por lo menos es la misma mujer que bailó en el fuego de la playa.

—¿Qué hace allá arriba, Jacky, por qué nos mira tan fijamente?

—No lo sé, quizá por curiosidad.

—¡Tengo miedo, Jacky, tengo miedo, vámonos!

—No temas, el acantilado es inaccesible.

—Tengo miedo, vámonos —insistió apremiante, recogiendo su ropa y la toalla sin importarle dejar otras cosas como la nevera.

—¡Erikaaaa! —gritó Jacky voceando entre sus manos ahuecadas.

Sobre el acantilado, como hermanada con la luna, Erika lanzó un largo, profundo y sonoro lamento que semejó un aullido. Dalilah se estremeció.

—¡Arriba, Jacky, vámonos!

—¡Mira, allá hay otra!

Jacky señaló al otro lado del acantilado donde había aparecido una nueva figura, también cubierta con una vaporosa túnica de gasas que le daba un aspecto fantasmagórico.

—Sí, ya veo, y creo, creo que es Marietta…

—Por lo visto, esta cala no es tan solitaria como pretendíamos.

—¡Míralas, Jacky, míralas!

Despavorida, Dalilah corrió hacia el patín. Las dos figuras espectrales descendían por las abruptas rocas con toda normalidad, sin agarrarse a ellas ni perder la verticalidad, como si no pudieran despeñarse.

—¡De prisa, Jacky, tenemos que huir de ellas!

—No te pongas nerviosa —trató él de calmarla.

—¡Mira, mira, caminan sobre las rocas casi sin tocarlas y se dirigen hacia la salida de la caleta!

—Sí, ya veo, una por cada lado, llegarán antes que nosotros a la salida.

—¡Daniel tenía razón, está muerta, muerta, es un fantasma!

—No digas tonterías —gruñó el hombre—. ¿Cómo van a estar muertas?

—¡Lo están, Jacky, lo están! ¡Míralas, no se apoyan sobre los pies, se deslizan por encima de las rocas sin tocarlas! ¡Tengo miedo, tengo miedo!

Mientras pedaleaba con tuerza, Jacky Norton rodeó con su brazo los hombros de Dalilah, estrechándola contra sí. Estaba muy asustada, quizá más que eso, paso a paso entraba en el imperio del terror mientras las dos siniestras figuras avanzaban por las rocas como para impedirles la salida y obligarles a retroceder.

—¡No nos dejarán pasar!

—Si son fantasmas no podrán evitar que pasemos —rezongó Jacky—. Debes vencer al terror y las vencerás a ellas, si es que son seres diabólicos.

El patín pasó entre las rocas, casi rozándolas, mientras arriba las dos figuras aullaban desencajando sus mandíbulas y mostrando los dientes por entre unos labios y una tez demasiado pálida para pertenecer a seres mortales.

Jacky suspiró.

—Ya hemos salido.

Erika y Marietta se lanzaron desde lo alto de las rocas que camuflaban la entrada de la caleta. Dalilah contuvo la respiración, pero Jacky no dejó de pedalear con fuerza. Las dos figuras fantasmales volaron macabramente sobre ellos mostrando sus rostros, que habían dejado de ser bellos para convertirse en diabólicos. Las manos trataban de apresarles y Dalilah temblaba de terror.

—¿Qué quieren de nosotros, Jacky, qué quieren?

—¡Cierra los ojos, ciérralos y no mires, déjame a mí!

Dalilah, protegida por la presencia del hombre, por su vitalidad, por la seguridad en sí mismo, cerró los ojos y no quiso mirar mientras Erika y Marietta evolucionaban en torno al patín.

—¡Marchaos de aquí, hijas del diablo! —les gritó Jacky Norton.

Las dos figuras espectrales danzaban sobre las aguas sin llegar a tocarlas. No cabía duda de que eran espíritus y no cuerpos físicos. Mientras Jacky conducía la veraniega embarcación de retomo, Erika y Marietta se le echaron prácticamente encima, pero el hombre no dejó de pedalear en ningún momento pese a que sentía un hedor y una frialdad, una sensación profundamente desagradable mientras aquellas figuras parecían querer arañarle, besarle, poseerle.

Jacky no luchaba contra ellas, protegía a Dalilah y pedaleaba hasta que al fin divisó a lo lejos el fuego de la playa.

—¡Malditas, marchaos, marchaos!

Erika y Marietta se apartaron de la embarcación, impotentes para dominar la mente y el espíritu de Jacky Norton. Entonces, comenzó a encresparse la mar haciendo peligrar el ligero patín. Era como si, de pronto, se hubiera alzado una galerna que trataba de hacerles zozobrar para hundirles en las aguas, separándoles para vencerles mejor.

La embarcación conducida por Jacky viró hacia la playa y pedaleó aún con más fuerza al comprobar que se hallaban en inminente peligro. Aquellos espíritus diabólicos tenían el poder de mover las aguas y podían llegar a conseguir lo que se proponían.

Al fin, el patín cayó desde la cresta de una ola sobre la misma arena y Dalilah gritó por el golpe.

—¡No temas, ya estamos!

Jacky la ayudó a salir del patín marinero. Cuando se volvieron a mirar, vieron que las dos figuras espectrales habían desaparecido como engullidas por las aguas que, sorprendentemente, estaban de nuevo calmadas.

Cogidos de la mano corrieron hacia el fuego de la playa deseando que lo que había ocurrido fuera sólo una pesadilla; sin embargo, ninguno de los dos llegaría a engañarse a sí mismo.

Capítulo VII

Ya recuperados, sin haber contado nada a nadie, Jacky y Dalilah se dirigieron a la habitación de Daniel.

Los compañeros de habitáculo de éste se hallaban en la playa y esperaban encontrarlo solo.

Jacky golpeó la puerta con los nudillos. Al ver que no respondía, la empujó. Había una débil luz encendida en la estancia, y Dalilah preguntó:

—¿Está?

—Sí. —Entonces, Jacky se percató de lo que había en el suelo—. ¡Dios mío! —exclamó.

—¿Qué ocurre?

—¡Avisa al médico, rápido!

—Pero ¿qué pasa?

Dalilah metió la cabeza por debajo del brazo de Jacky y vio el suelo empapado.

—¡Sangre!

—¡Avisa al médico enseguida, parece que aún vive!

Jacky se inclinó sobre el moribundo. Éste tenía los ojos cerrados, pero al notar la presencia del joven profesor, los abrió.

—¿Por qué te has hecho esto?

Mientras hablaba, Jacky cogió la sábana y la hizo pedazos. Comenzó a vendar los cortes de las muñecas presionándolas para que no escapara más sangre. La debilidad de Jacky era ya extrema.

—¿Por qué lo has hecho?

—Erika está muerta —musitó apenas sin voz; fue un susurro de agonizante.

—Sí, ya lo sé.

—Fue en el museo. Yo no hice nada por salvarla, fui un cobarde,

un cobarde, y ella está muerta… Aquel lugar está endemoniado.

—Maldita sea. ¿Qué ganas con suicidarte?

—No quiero vivir, soy un cobarde, un cobarde.

Jacky miró la sangre que se había expandido por el suelo de la estancia. Era mucha, quizá ya demasiada.

—¿Qué ha pasado? —inquirió el médico de la colonia.

—Se ha cortado las venas, todavía vive.

—¡Venga, venga aprisa, usted, señorita, llame al hospital para que envíen una ambulancia…!

—Sí, enseguida.

Siguiendo las órdenes del doctor, al poco rato una ambulancia llegó silenciosamente a la colonia, pues así se le había pedido que lo hiciera para no alarmar al resto de los muchachos.

—¿Podemos ir con usted? —preguntó Jacky.

—No, es mejor que no. Ahora es el hospital quien tiene la última palabra, pasen mañana.

La ambulancia se alejó. Dalilah, crispada, miró a Jacky y preguntó roncamente:

—¿Esto es una pesadilla o estamos despiertos?

—No, no es una pesadilla. Ese muchacho no ha podido resistir más.

—¿Tanto amaba a Erika?

—Supongo que sí, pero lo que más le dolía era haberse comportado con cobardía.

—¿Cobardía?

—Sí, dice que podía haberla salvado y que huyó.

—¿De qué?

—Dalilah… —La cogió por los hombros bajo la luz del porche. La ambulancia ya estaba lejos—. Buscaremos la verdad de todo esto, no podemos huir como hizo Daniel. Luego, los remordimientos han podido con él.

—¿Se lo dirás a la policía?

—¿A la policía?

—¿A quién, si no? ¿Acaso al rector?

—No, Dalilah, no. Si le repitiera a alguien lo que nosotros sabemos, lo que nosotros hemos visto, no nos creerían. Pensarían que somos un par de drogadictos y que en uno de los «viajes» hemos visto esas fantasías macabras.

—Entonces, ¿qué haremos?

—Mañana iré yo a investigar a ese museo.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Solo?

—Sí.

—No, no puedes ir si es tan peligroso como asegura Daniel.

—Él pudo escapar, ¿no?

—En ese caso, iré yo contigo.

—No, no, iré yo solo.

—Iré contigo —insistió con firmeza.

—Te quedarás aquí. ¿Olvidas que soy todavía el profesor?

—Me rebelo.

—Esas tenemos, ¿eh?

—Si no voy contigo, lo cuento todo.

—Te tomarán por loca.

—Me da lo mismo.

—Está bien, iremos juntos, pero no digas nada a nadie.

—Palabra.

—Ahora, a dormir.

—¿A dormir? —repitió Dalilah con los ojos muy abiertos.

—Sí, a dormir.

—Es que…

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—¿De ellas?

—Sí.

—¿Piensas que pueden volver a aparecer?

—Erika y Marietta estaban en mi misma habitación.

—Pero estará la otra chica, ¿no?

—Sí, estará Vera, pero prefiero no ir allá.

—¿Entonces?

—¿Me dejas dormir contigo?

—¿Te das cuenta de lo que me pides?

—Sí. Me estaré quieta, sin decir nada. Nadie se dará cuenta.

—Si descubren tu presencia en mi habitación, nos van a expulsar a los dos.

—Yo correré ese riesgo.

Él sonrió, le acarició las mejillas y dijo:

—Yo también, vamos.

Dieron un rodeo largo para acercarse al pabellón del profesorado. Jacky Norton le mostró una de las ventanas y dijo:

—Me esperarás afuera. Yo entraré primero, abriré la ventana y tú te metes por ella. Por el corredor y el vestíbulo podrían verte.

—De acuerdo, te esperaré junto a la ventana. La besó en los labios y antes de alejarse le dijo:

—No te muevas, hasta ahora mismo.

—Te estaré esperando.

Jacky se alejó hacia la entrada del pabellón del profesorado. Pasó al vestíbulo y, antes de llegar al corredor, fue sorpresivamente abordado por la profesora Schneider que le cogió por un brazo, reteniéndole.

—Hola, profesor Norton, se hace usted muy caro de ver.

—Ah, hola. ¿Todavía despierta?

—Me gusta pasear en la noche. ¿A usted no?

—Pues, pues sí, claro.

—¿Me acompaña?

—Ahora tenía…

—No me diga que tenía algo que hacer. Siempre tiene algo que hacer, cualquiera pensaría que usted me elude, profesor.

—¿Yo eludirla? Qué tontería, ¿por qué iba a hacerlo?

—No sé, quizá porque prefiere la compañía de las chicas jóvenes. No se lo reprocho, pero ya conoce el reglamento sobre este asunto…

Quedó una especie de amenaza flotando en el aire, pese a que las palabras habían salido guarnecidas con una amplia sonrisa.

—¿De qué reglamento me habla, quizá del de su Universidad?

—El reglamento de aquí.

—Mire, profesora, déjeme en paz, ahora no me apetece oír historias de reglamentos. Si tiene pesadillas al respecto, siéntese en el sanitario y descanse. Una buena purga limpia por dentro.

—¿Cómo se atreve? —barbotó enrojeciendo de rabia.

—Buenas noches, profesora. No se meta con los demás y no se meterán con usted, aquí soy tan profesor como pueda serlo usted.

La profesora germánica se clavó las uñas en las palmas de sus manos. La cólera bullía dentro de sus carnes arias.

Jacky Norton se dirigió al dormitorio mientras afuera Dalilah aguardaba nerviosa, mirando inquieta en todas direcciones, especialmente a los lugares oscuros por donde temía ver aparecer a las que habían sido sus compañeras de alcoba.

De pronto, vio que unas ramas se movían y el corazón se le encogió.

Miró hacia la ventana, pero aún no había luz en ella. Las ramas del arbusto seguían agitándose y Dalilah se pegó al muro. Temía la reaparición de Erika y Marietta, no quería permanecer sola.

Había tomado como una locura de Daniel lo que había dicho sobre Erika después de verla danzar en la playa junto al luego, pero ahora ya no podía reírse. Ella misma las había visto danzar entre las rocas y sabía que se habían paseado por encima de las aguas, acosándoles.

De pronto, entre las ramas, salió un gato que hizo suspirar a Dalilah.

—¡Dalilah!

Sorprendida, miró a su alrededor. No había sido Jacky quien la llamara, sino una voz de mujer.

—¡Dalilah!

Volvió el temor a su cuerpo cuando una bicicleta se aproximó y la gran cabellera pelirroja, llena de ricitos, se hizo visible.

—¿Qué haces aquí?

—Vera, qué susto me has dado. ¿Adónde vas en bicicleta a estas horas?

—Me voy.

—¿Te vas, adónde?

—Como no había nadie en la habitación, me habéis dejado sola, pues…

—¿Adónde te vas?

—Al pueblo.

—¿En bicicleta?

—Sí, la carretera está libre y nadie estorba. Es más seguro ir de noche que durante el día, así nadie te ve.

—Pero ¿qué tontería es esa de marcharte de noche al pueblo y sola?

—Con eso de limitar el tiempo del fuego de la playa, este lugar se pone de aburrido que no hay quien lo aguante.

—Será mejor que vayas a dormir.

—¿A dormir? Ni hablar, me voy a un *pub*.

—¿A estas horas?

—Son las mejores, esos locales están abiertos hasta las cuatro de la madrugada. Luego vuelvo y mañana por la mañana duermo. Como después de todo me habéis dejado sola… ¿Dónde diablos están Marietta y Erika? Menuda fresca está hecha esa Erika, lleva dos noches sin dormir en su cama, eso es una bacanal.

—Vera, no vayas a la villa esta noche.

Se encendió la luz de la ventana y ésta se abrió, apareciendo la cabeza de Jacky Norton, que llamó:

—Dalilah…

—Vaya, conque el profesorcete, ¿eh? Si se veía venir… Y luego me dices que no me vaya al *pub* de la villa…

—¡Espera!

—Eh, si es Vera —exclamó Jacky.

—¡Que le aproveche, *teacher*! —Pedaleando, se alejó riendo.

—¡Vera, no te vayas aún, espera, tengo que decirte…!

—*Bye, bye!* ¡Qué disfrutéis lo vuestro, yo voy a por lo mío!

Vera, agitando su enorme cabellera rojiza, no había encendido el faro de su bicicleta, prefería pasar desapercibida dentro de la colonia estudiantil y sólo dio la luz cuando se supo en la carretera, camino de la villa.

Vera montaba muy bien en bicicleta y lo cierto era que el faro no resultaba imprescindible, brillaba una luna espléndida.

Vera comenzó a silbar mientras la tenue luz del faro iluminaba ligeramente el asfalto. La distancia entre la colonia universitaria y la villa no era demasiada, quizá sí para recorrerla andando, pero en bicicleta no le llevaría más allá de veinte minutos, por eso rodaba tranquila.

La moral en la colonia parecía haberse relajado completamente. De las cuatro compañeras sólo había quedado ella en el cuarto. Ignoraba el porqué de la ausencia de Erika y Marietta, pero el caso era que no estaban y a Dalilah ya la había visto dispuesta a entrar por la ventana en la habitación del joven profesor de filología griega. ¿Qué hacía ella sola como una ostra?

En mitad de la noche, y bajo la claridad de la luna, la cabellera pelirroja de Vera semejaba una gran bola de fuego que se

bamboleaba ligeramente de un lado a otro mientras avanzaba en solitario por la carretera.

De improviso, su silueta quedó totalmente iluminada, como un ascua, al encenderse los faros de un automóvil tras ella. Volvió la cabeza instintivamente y descubrió los dos focos que lanzaban sus haces de luz con la máxima potencia.

—¡Marrano, podías meter la corta! —se quejó Vera que quedaba cegada por las luces intensivas.

El coche hizo roncar su motor; había permanecido detenido y Vera no lo había visto al pasar cerca de él.

El automóvil arrancó lentamente iluminando de lleno a la muchacha, que se hizo a un lado de la carretera, mas observó que el coche no la rebasaba.

—¿Qué querrás, cerdo?

El coche continuó avanzando hacia ella, acercándosele más y más.

CAPÍTULO VIII

Habían tenido que recorrer un buen número de kilómetros hasta llegar al hospital que se hallaba hacia el interior, junto a la capital de la comarca.

Jacky Norton efectuó el viaje en la propia motocicleta de Daniel y tras él llevaba a Dalilah que se le abrazaba fuertemente a la cintura. La joven se había llenado los ojos de luz diurna, luz de felicidad, borrando de su mente el miedo pasado la noche anterior.

Apoyaba su mejilla contra la espalda del hombre y dejaba que árboles y campos pasaran raudos frente a sus pupilas. Pájaros, trigo, árboles, algunos campesinos montados en sus tractores, todo pasaba rápido frente a su mirada y ella lo veía sin prestarle atención. Era feliz con el contacto físico de Jacky; sus manos, sus brazos, sus pechos, su mejilla, todo hacía contacto con Jacky que conducía la motocicleta.

Al fin, apareció el edificio del hospital. No era muy grande, pero sí se veía moderno, funcional. Jacky detuvo la motocicleta y, quitándose el casco, le dijo:

—Baja.

—Sí.

Entraron en el hospital y en el *hall* se encontraron al rector, que les miro con ojos preocupados.

—Buenos días, ¿cómo está Daniel? —inquirió Jacky abiertamente, sin preámbulos.

Antes de responder, el rector les miró fijamente, como si no hubiera entendido la pregunta. Al fin contestó:

—Ha muerto.

Dalilah cerró los ojos y su cuerpo vaciló. Entre sus pestañas aparecieron unas gotas saladas que eran lágrimas.

—Me lo temía —opinó Jacky—. Lo encontramos muy mal.

—Sí, se ve que llegó en coma y por más transfusiones que se le hicieron aquí, ya no hubo salvación. ¿Por qué lo habrá hecho. Dios mío, por qué? Ahora, un montón de problemas para todos.

—¿Quiere que le haga alguna gestión?

—No, no, gracias. Ha venido conmigo la profesora Schneider y ella se ha encargado de cablegrafiar a los padres del muchacho para que vengan a por sus restos. Sería mejor que no se hablara demasiado de esto en la colonia.

—¿Quieres verlo, Dalilah? —preguntó Jacky.

—No, no, prefiero que no.

—Entonces, nos marchamos —dijo Jacky.

—Seguramente pasará la policía por la colonia para hacerles unas preguntas respecto a Daniel, puesto que ustedes fueron quienes lo encontraron.

—Sí, claro —aceptó Jacky Norton—. Responderemos a lo que nos pregunten.

—Por cierto, Norton, me han dicho que hay ausencias inexplicables.

—No le entiendo.

El rector miró a Dalilah como si no deseara hablar en su presencia, ya que era una alumna, pero al fin se decidió.

—Me han comunicado que hay demasiadas ausencias en las clases y también en los dormitorios. Habrá que pasar listas más rigurosas, es como si la moral se fuera relajando en la colonia y aquí se hacen vacaciones, es cierto, pero también se viene a estudiar.

—Ya le entregaré las listas de ausencias.

—Bien, bien, pueden marchar si lo desean.

Dalilah y Jacky abandonaron el hospital. La muchacha se cogió entonces del brazo masculino.

—Es terrible. Hace dos días que estaba pletórico de vicia, de felicidad y ahora muerto por suicidio… Qué extraña es la vida.

—Sí, lo es, pero vámonos antes de que nos vea la profesora Schneider.

—Sí, vamos.

Jacky, sombrío, no aceleró la velocidad de la motocicleta, aquella motocicleta que había pertenecido al muchacho que ahora

yacía muerto en la sala de autopsias del hospital.

Dalilah volvió a abrazarse contra la espalda masculina sin decir nada. El regreso era más triste que la ida. El cielo era nítido y, sin embargo, semejaba haberse nublado.

Los pájaros eran como cuervos en la lejanía y los árboles sombras desasosegantes.

Rodaban hacia la villa marinera y no faltaba mucho para llegar cuando Jacky Norton se fijó en una pequeña fábrica allí existente.

—Productos químicos…

No llegó a leer el nombre y prosiguió su camino. No lardaron en adentrarse por la villa marinera que tenían que atravesar para tomar la carretera que conducía a la colonia universitaria, carretera que pasaba junto al museo privado de la fundación Aqueronte.

La villa, más que marinera, ahora turística, se desperezaba mañanera. Resultaba variopinta y polícroma. Las vendedoras sacaban sus mercancías para exponerlas junto a las paredes y en los escaparates; hamacas, sombrillas, canoas hinchables, bolsos de piel o paja, *jerseys* de lana, auténtica paradoja con aquel calor.

La motocicleta sorteó unas mesas que estaban sobre la acera, pero casi invadían la calzada. Eran las mesas y las sillas de la terraza de un bar que se preparaba para recibir a los sedientos turistas.

Alguien regaba el asfalto y otros lo barrían mientras dos guardias municipales, vestidos de blanco, avanzaban charlando entre ellos, todavía con el sabor del café en sus paladares.

Un niño avanzó hacia ellos a toda velocidad montado en una bicicleta. Jacky tuvo que sortearlo para no chocar con él. Dalilah le siguió con la mirada y parpadeó.

—Qué raro, parece la bicicleta de Vera.

—¿Pasa algo, Dalilah? —le preguntó Jacky alzando la voz.

—No, nada, tonterías mías, sigue.

Salieron de la villa y tomaron la carretera costera. Tras recorrer unos pocos kilómetros, Jacky sacó la motocicleta de la carretera acercándose al museo privado.

—Ya hemos llegado.

Aún no se habían apeado de la motocicleta cuando Dalilah comentó:

—Todo parece muy tranquilo, ¿verdad?

—Sí, no se oyen pájaros ni siquiera cigarras, y por aquí abundan.

—Parece imposible que lo que contó Daniel pudiera suceder aquí.

—Es una impresión, pero… —Se apeó de la moto.

—¿Crees que habrá alguien dentro?

—Algún vigilante o cuidador, supongo. Este es uno de esos museos en los que no se sabe por qué, pero casi nunca entra nadie.

—Es como si la gente presintiera algo desagradable y lo rehuyera. ¿Crees que encontraremos algo dentro?

—Lo ignoro, pero si hallo alguna prueba que pueda denunciar a la policía, no dudaré en hacerlo.

—¿Qué crees que podemos encontrar?

—No lo sé, la verdad. Quizá sea preferible que te quedes aquí afuera esperándome.

—No, eso no. Si hay algún peligro prefiero estar junto a ti. Aquí afuera me sentiría demasiado sola.

—Pues vamos adentro. Hay que encontrar una explicación a lo ocurrido; nosotros vimos a los espíritus de Erika y Marietta, no podemos continuar siendo incrédulos.

—¿Será algo racional, lógico, algo que se pueda creer?

—No, me inclino a pensar que nos encontraremos con uno de esos fenómenos extraños que de cuando en cuando suceden, a los cuales la ciencia no encuentra explicación alguna y que la policía prefiere ignorar.

Avanzaron hacia la puerta del museo y vieron el rótulo de «Entrada libre».

Cruzaron la puerta de cristal y se internaron en el recinto, que no estaba abigarrado con restos arqueológicos, mas sí había los suficientes para ser considerado interesante.

—Parece bien cuidado y limpio —opinó Dalilah.

—Sí, veamos qué tienen acá.

—¿Por dónde buscamos?

—Primero veamos qué hay en esta sala.

Con la ventaja de comprender el griego antiguo y poseyendo algunos conocimientos de otras lenguas muertas, Jacky Norton fue leyendo como pudo las inscripciones. Al fin, cejijunto, comentó:

—Podían haberle puesto un nombre especial a este museo.

—¿Ah, sí, cuál?
—Museo de la demonología.
—¿Demonología?
—Sí. No es que se base exclusivamente en todo lo maligno y diabólico, pero por lo que llevo descifrado, aquí hay muchos restos arqueológicos que hacen referencia a dioses malignos y demonios. La verdad es que poco de todo lo que hay aquí pertenece a la cultura griega; hay restos arqueológicos de Babilonia, Asiría, Egipto, de muchos lugares de la tierra. A quien lo ha coleccionado no le ha importado mezclarlo, pero son representaciones del mal en todas las culturas.
—No lo sabía.
—Yo tampoco, Dalilah, yo tampoco.
—¿Tú crees en los demonios?
Jacky se detuvo. Dejó de observar la vitrina de los cráneos para clavar sus ojos en la muchacha y responderle:
—No, pero…
Siguieron avanzando. Dalilah tragó saliva y, mirando los cráneos, preguntó:
—¿Son de seres endemoniados?
—Quizá han sido hallados en un templo dedicado al dios de las tormentas, posiblemente se trate de restos de sacrificios humanos.
Al darse cuenta de en qué lugar se encontraban, Dalilah se pegó más a Jacky, que no parecía afectado por la siniestra colección arqueológica.
—Si todo esto son restos maléficos, quizá sí tuviera razón Daniel.
—Daniel habló de un estanque.
—Sí, dijo que en el estanque había muerto Erika y que él se había asustado mucho. ¿Tan grande puede ser ese estanque?
—No lo sé, busquémoslo.
—¿Por dónde?
—Quizá se halla en el centro o en la parte posterior del edificio. Daniel explico que Erika se había bañado en él y por eso había muerto; no puede estar lejos.
—Jacky, Jacky… —interpeló en voz baja.
—¿Qué sucede?
—Tengo la impresión de que alguien nos vigila…

Jacky Norton miró en derredor, escrutando entre las estatuas y reliquias pétreas y óseas del pasado.

—Yo no veo a nadie.

—Es una corazonada.

—¿Buscan algo? —interrogó de súbito una voz que les sorprendió por lo inesperada.

CAPÍTULO IX

Aqueronte, el falso John Smith Brown, estaba allí, enmarcado en el umbral de una puerta que se abrió tan sigilosamente que no se habían percatado de ello.

A Dalilah, que no le había visto nunca, le pareció un sujeto de aspecto siniestro. Vestía de oscuro, quizá de negro, y su tez era extremadamente pálida. Se adivinaba que poseía unos dientes largos y afilados y su mirada era inquietante, perversa.

—Estábamos mirando —respondió Jacky. Dalilah añadió:

—Es un museo un poco extraño.

—¿Extraño? —Aqueronte sonrió débil y fríamente. Jacky puntualizó:

—He observado que está dedicado a la demonología arqueológica procedente de culturas ya desaparecidas.

Aqueronte parpadeó y después se quedó mirando fijamente a Jacky.

—¿Sabe usted mucho de arqueología, joven?

—No mucho, pero he podido descifrar algunas de las inscripciones que he visto.

—Muy poca gente es capaz de hacer tal cosa. Yo diría que, salvo algunos muy entendidos, ningún visitante normal ha conseguido adivinar, ni siquiera suponer que sí es un museo de demonología arqueológica.

—Quizá alguien lo haya averiguado y no lo haya dicho —le respondió Jacky.

—Es una posibilidad, pero no lo creo. Si llegara a oídos de algún reportero que este museo está dedicado a la demonología arqueológica, a los dioses mitológicos que fueron poderosos en hacer y esparcir el mal, posiblemente vendrían aquí con sus

cámaras a hacer algún reportaje.

—¿Y no cree que eso le haría publicidad? —observó Dalilah.

—¿Publicidad? —volvió a sonreír fríamente.

—¿No le interesa la publicidad?

—¿Para qué habría de interesarme?

—Con publicidad vendría más gente a este museo que se ve vacío —observó Dalilah.

—Bah, ¿qué clase de gente vendría? Domingueros, niños con mocos que lo estropearían todo. No, no quiero a esa clase de visitantes.

—También vendría gente interesada.

—No, no me interesan.

—Entonces, ¿qué es lo que realmente le interesa a usted? —preguntó Jacky abiertamente.

—Coleccionar, joven, coleccionar, ya ve que respondo a su agresiva pregunta. Tengo este recinto abierto como museo, pero en realidad es el coleccionismo lo que me apasiona; por ello, si en alguna parte encuentran algo sobre demonología arqueológica, sólo tienen que buscarme y posiblemente llegaremos a un acuerdo.

—¿Usted cree en los demonios? —preguntó Dalilah.

—¿Quién no cree en los demonios, aunque sean los demonios que se agazapan en lo más íntimo y perverso de nuestros sentimientos?

—Sí, pero usted no pensará que esas estatuas, amuletos o lo que sea, tienen malignidad dentro de ellos mismos.

—En la mayoría de las ocasiones, lo que el hombre ha adorado a lo largo de la historia humana, sean dioses o demonios, no ha sido a ellos mismos, sino a reproducciones de lo que han creído eran esos dioses o diablos y no siempre han estado muy acertados los artistas, imagineros o iconografistas al plasmarlos.

—¿Por qué ha dicho «en la mayoría de las ocasiones»? —inquirió Jacky.

—Quizá porque no siempre se ha adorado o se ha temido a una reproducción.

—¿Quiere decir que ha habido dioses auténticos? —preguntó Dalilah.

—Muchos que estudian la historia antigua, lo desconocido, la parapsicología y otras ciencias no concretas, hablan de semidioses,

seres muy superiores a los habitantes que hubieron hace milenios en éste planeta.

—Se ha hablado muchas veces de semidioses, pero se habla de ellos como supuestos extraterrestres.

—Yo no creo en los extraterrestres. Dalilah concretó:

—Usted cree en los demonios.

—Son jóvenes y están llenos de inquietud por hacer preguntas. Pertenecen a la colonia universitaria que hay cerca de aquí, ¿verdad? —preguntó desviando la conversación.

—¿Este museo tiene un estanque? —inquirió Dalilah de forma sorpresiva, casi espetando la pregunta, lo que hizo que Aqueronte centrara su mirada en ella.

Jacky lo observó a él, esperando hallar en aquel rostro inquietante algo que le delatara.

—Sí, efectivamente hay un estanque.

—¿Dentro del museo?

—Sí, ¿le han contado algo del estanque?

—Nos han dicho que había un estanque muy bonito —dijo Jacky saliendo en ayuda de Dalilah.

—¿Desean verlo?

—Nos gustaría —asintió la joven lanzando una mirada de complicidad a su compañero.

—Síganme. No me negarán que para ser un museo dedicado a la demonología no resulta nada tétrico.

—Eso, según el ánimo con que se observe —replicó Jacky Norton—. Hay estatuas inquietantes.

—A lo largo de la historia, todos los artistas han disociado la belleza, lo estético, de lo que suponen maligno.

Atravesaron dos puertas y al fin accedieron al claustro que no era auténticamente antiguo, ni siquiera una imitación. Era un claustro alegórico, pues ninguno de sus capiteles eran iguales y habían sido construidos con hormigón.

—Es feo —opinó Jacky.

—¿Feo? Una opinión muy subjetiva, ¿no le parece, joven?

—Sí, pero admita que carece de estética. Como usted ha dicho antes, a lo largo de la historia han disociado la belleza y lo estético de lo que pueda ser perverso. Por eso, todos los diablos o dioses maléficos tienen un aspecto feo, desasosegante, y este lugar

dedicado a la demonología no podía ser distinto.

—Le aseguro que se pagó para que fuera hermoso.

—Nada dedicado al mal puede ser hermoso —objetó Dalilah.

—Son opiniones. Hay quien goza viendo los relámpagos de una tormenta y otros se asustan hasta la histeria.

Jacky no quiso entrar en polémicas, y lo cierto era que estaba ansioso por hacer preguntas, a aquel individuo, pero interrogarle abiertamente sobre lo que sospechaban habría sido funesto. Aqueronte, pese a su aparente seguridad, estaba en guardia.

Era muy posible que los estuviera vigilando por haberse dado cuenta de que no eran simples visitantes, sino que estaban indagando.

—¿Es lo que querían ver? —preguntó Aqueronte.

Jacky Norton salió de la galería del claustro y pasó al jardín para ver el estanque que centraba el espacio descubierto.

—Tiene las aguas muy limpias, yo diría que no hay ninguna clase de vida aquí dentro.

—Cloramos el agua para que no haya ni bacterias —aclaró Aqueronte. Mirando a Dalilah preguntó—: ¿No desea verlo más de cerca?

—Bueno —aceptó vacilante.

—Verá que en su interior hay una piedra un poco especial.

—¿Especial, es un hallazgo arqueológico?

—Exactamente.

Jacky Norton frunció el ceño y dijo:

—Pues no veo inscripción alguna.

—No la tiene, pero es un resto de los atlantes.

—¿Se refiere a los habitantes de la Atlántida? —preguntó Dalilah.

—Eso es.

—Sabiendo que usted recoge los restos arqueológicos de demonología, quizá esa piedra tenga algo que ver con el maligno de los atlantes.

Una sonrisa se perfiló en los labios muy finos e incoloros de Aqueronte.

—¿Suponen que alguien se lo creería si lo dijera?

Los dos se quedaron mirando la piedra heptagonal cuando Aqueronte, situado casi un paso tras ella, sacó de su bolsillo una

piedra que recogiera en su caminar por el museo. En realidad, era un pequeño ídolo demoníaco con el que descargó un brutal golpe sobre la nuca de Jacky. Éste, atacado traicioneramente, desencajó su boca y se desplomó.

—¿Qué ha hecho? —exclamó Dalilah, asustada.

—Es peligroso, yo me encargaré de él. —Volvió a levantar la mano armada con el ídolo de piedra con ademán de romperle el cráneo al joven.

—¡Espere!

Dalilah se inclinó hacia un lado y consiguió empujarlo haciéndole trastabillar.

—¡Estúpida! —rugió Aqueronte enfrentándose a ella.

—¡Es usted un asesino, lo sé! ¡Erika murió aquí y algo debió ocurrirle a Marietta!

—Lo sabías, lo sabías, estaba seguro —rugió Aqueronte, olvidándose un tanto del caído.

—¡Sí, lo sé y lo denunciaremos!

—¡Qué ingenua eres!

—Si se cree invulnerable, está equivocado —dijo Dalilah mordiendo las palabras.

—Sigo opinando que eres una ingenua. ¿Sabes una cosa? Pronto vas a reunirte con tus compañeras, pronto serás una mensajera más y en las noches tu alma saldrá del sepulcro en el que te encerraré durante cien años para que vayas esparciendo el mal, para que exacerbes el odio, la envidia, la lascivia, la ambición y la codicia entre los hombres de tu civilización. Así se destruirá por sí misma como tantas veces ha ocurrido a lo largo de la historia.

—¡No!

—El Maligno vivo es esa piedra que está en el fondo del estanque. ¿No notas que tira de ti?

A partir de aquel momento, Dalilah fue consciente de que, efectivamente, sentía una fuerza. Quiso retroceder para alejarse del estanque, pero no lo consiguió. Sus pies no se despegaban de la tierra por más que intentaba levantarlos y al mismo tiempo, centímetro a centímetro, iban aproximándose al estanque.

—Pronto estarás dentro del estanque y allí morirás. Después, cuando las aguas rojas se hagan transparentes y tu alma haya sido poseída por el Maligno, yo sacaré tu cuerpo con unos garfios porque

el agua del estanque no se puede tocar, está cargada de magnetismo que colapsa el sistema nervioso y lo destruye, un magnetismo que emana del Maligno. Sólo puede moverse con unos guantes que yo poseo y que he heredado de mis ancestros milenarios; pero es largo, muy largo de contar.

—¡No, no quiero, no quiero!

Pese a sus desesperados esfuerzos, era como si los tentáculos de un pulpo la hubieran atrapado por los tobillos. Se dejó caer al suelo para ver si podía agarrarse de alguna forma, pero lenta e inexorablemente aquella fuerza desconocida e invisible que emitía la extraña piedra oscura con matices morados, tiraba de ella.

—¡Se lo suplicó, no deje que se me lleve!

—Ya es imposible, el Maligno te ha escogido y serás una de sus mensajeras. Un sepulcro te espera en la cripta.

—¡Jacky!

Jacky Norton se levantó de un salto, olvidándose del fortísimo dolor de cabeza que le aturdía y se abalanzó sobre Aqueronte mientras Dalilah, contra su voluntad, se iba aproximando más y más al mortífero estanque donde se hallaba el Maligno de los atlantes.

Aqueronte quiso volver a golpearle con el ídolo de piedra; no lo consiguió y Jacky le cogió una muñeca haciéndole presa. Se inclinó sobre sí mismo, jaló de encima de su espalda haciéndole saltar hacia el centro del estanque.

—¡Aaaaaaggg!

Salpicó agua en derredor, cayendo sobre la piedra y turbando la tranquilidad aparente del estanque.

Jacky cogió a Dalilah por los brazos y la puso en pie. La caída de Aqueronte en el agua había alterado la fuerza que hiciera presa en la muchacha y Jacky le ordenó con apremio:

—¡Vamos, rápido, alejémonos!

Aqueronte palmoteaba en el agua mientras grandes espasmos desencajaban su rostro y no conseguía llegar al borde del estanque.

Salieron del museo corriendo. Jadeantes, llegaron junto a la moto.

—¡Jacky, Jacky, qué miedo he pasado! —sollozó la joven.

—Tranquila, lo peor ya ha pasado.

—Dios mío, ahora hay que avisar a la policía.

—No.

—¿Por qué no, Jacky?

—Porque no nos creerían. Encontrarían a este tipo muerto en el agua y dirían que yo lo he asesinado. Vamos.

—¿Adónde?

—Sube a la moto y ya lo verás. Haga lo que haga, no digas nada, ¿de acuerdo? —preguntó antes de poner en marcha el motor de la motocicleta.

—De acuerdo —aceptó con un profundo suspiro que distendió sus hermosos senos.

En el museo no se oía ningún ruido. Aqueronte no gritaba; había caído en su propia trampa, pero Jacky Norton no cejaría hasta acabar también con el Maligno, por eso rodaba a gran velocidad de retorno a la villa turística.

La cruzaron y salieron a la carretera del interior. Jacky detuvo la motocicleta frente a la pequeña fábrica de productos químicos.

—Espera aquí.

—¿Qué vas a hacer?

Jacky Norton entró en la fábrica. Un hombre ya mayor y que estaba junto a una furgoneta cuyas puertas posteriores estaban abiertas, le recibió:

—¿Qué desea, joven?

Jacky Norton sacó el carnet que le acreditaba como profesor de la Summer Free University y en el que estaba incluida su fotografía.

—Mire, soy profesor.

—¿Profesor? —El hombre de la fábrica se rascó la oreja por debajo de la boina—. Bueno, ¿y qué?

—Tenemos que limpiar a fondo unas piedras que hemos encontrado.

—Ah, ¿quiere comprar algún producto?

—Sí.

—¿Qué cree que le iría bien?

—Ácido sulfúrico.

—Sí, tengo, pero ¿no cree que es muy corrosivo? Se comerá la piedra.

—Exactamente, pero no tema, lo rebajaremos con agua.

—Bien, bien, ¿quiere un frasco?

—No, un frasco, no, tenemos muchos alumnos y mucha piedra

que limpiar.

—Pues, ¿cuánto quiere?

—Eso de ahí son bombonas de ácido, ¿verdad?

Había señalado unas bombonas que tenían una protección metálica y plástica para impedir que el cristal se rompiera.

—Sí, es ácido. Contiene cincuenta kilos cada una.

—Me vale, quiero dos.

—Si necesita dos, se las serviremos, aunque nunca vendemos a particulares tanta cantidad de ácido.

—No soy un particular sino un profesor.

—Sí, claro, se me olvidaba. ¿Dice que quiere cien kilos de ácido sulfúrico?

—Sí.

El viejo se encogió de hombros.

—Deje la dirección exacta y ya se lo enviaremos.

—No, no hace falta, me lo llevo ahora mismo.

Se encaminó directo hacia una de las bombonas y la levantó, llevándola hasta la furgoneta.

—¡Eh!, ¿qué hace? ¡Yo no puedo salir ahora!

—No se preocupe, las llevaré yo mismo —dijo Jacky tomando la otra bombona. Gracias a su juventud y a su vigor, la cargó con relativa facilidad.

—¡Eh, que la furgoneta es de la fábrica! Jacky abrió la cartera y sacó unos billetes.

—Le pago las bombonas y el viaje de la furgoneta, en dos o tres horas se la devuelvo.

Dejaré la moto en que he venido aquí afuera.

—¡Es que no puede ser, compréndalo!

Jacky sacó otro billete grande que añadió a los que ya le entregaba.

—Bueno —rezongó el viejo moviendo la cabeza—; pero ¿tiene usted carnet de conducir válido en este país? Porque usted es extranjero.

—Sí, tengo carnet. Hasta dentro de dos o tres horas y no se preocupe. Ábrame la puerta.

Cerró las portezuelas del furgón y subió al mismo. Lo puso en marcha, ya que las llaves estaban en el contacto y con una rápida marcha atrás, demostrando gran habilidad en el manejo del volante,

salió de la pequeña fábrica y llamó a la muchacha.

—¡Sube!

Dalilah, sin comprender nada, subió, al vehículo y éste se alejó rodando en dirección a la villa. Pasaron por ésta y luego se dirigieron al apartado y solitario museo.

Jacky no detuvo la furgoneta hasta dejarla junto a la puerta. Saltó al suelo y fue hacia la parte posterior del vehículo, apresurándose a sacar las bombonas de ácido.

—Tú quédate aquí y no entres.

—¿Qué vas a hacer?

—Destruir la piedra del estanque.

—¿Con qué?

—Con cien kilos de vitriolo.

—¿Te ayudo?

—No, lo haré yo solo.

Tomó una de las pesadas bombonas y cargando con ella, se internó en el museo hasta llegar al estanque en el que descubrió el cuerpo inerte de Aqueronte, flotando ya sin vida. Había quedado con los ojos abiertos. Jacky dejó la bombona junto al borde y se alejó corriendo en busca de la otra.

—¿Qué ha pasado dentro, Jacky?

—El tipo ese está muerto en el estanque.

Jacky introdujo la segunda de las bombonas y la dejó junto a la anterior. Al mirar la piedra descubrió algo insólito.

—¡Si tiene ojos!

Los ojos rojizos del Maligno se habían clavado en él y permanecían expectantes.

Jacky se dio prisa en quitar los tapones a las bombonas. Empujó ambas a la vez, una con cada mano y exclamó:

—¡Ahí va eso, para que lo bebas!

Las dos bombonas cayeron al estanque y Jacky se alejó corriendo, pues sabía que la reacción iba a ser violentísima.

Por la reacción brusca, al contacto del ácido con el agua, el cristal de las bombonas se rompió, desparramándose el ácido, que produjo una virulenta reacción, despidió vapor e hizo hervir el agua. Rápidamente, la superficie del estanque se llenó de un humo ácido, desagradable y maloliente.

—¡Agggh! —fue un ruido bestial, infrahumano, que brotaba del

estanque y no salía de la garganta del fallecido Aqueronte.

—¡Dalilah!

—¿Qué pasa, Jacky, qué es ese rugido?

—¡A eso que hay dentro del estanque no le gusta el ácido!

—¿Terminará con él?

—Seguro. Vamos, hay que ver la cripta.

—¿La cripta? —repitió estremeciéndose.

—Sí, he oído que tus compañeras están en la cripta. Debe estar dentro del museo.

Los rugidos aumentaban, cada vez eran más fuertes, expresivos de una furiosa y desaforada rabia agonizante. Era un ser monstruoso herido de muerte, él lo sabía y así bramaba bajo las aguas que hervían, despidiendo vapores intoxicantes.

Caminando aprisa por el museo, llegaron a las escaleras descendentes que conducían a la cripta. Dalilah se la quedó mirando con viva inquietud.

—¿Crees que estarán abajo?

—Quédate aquí, yo bajaré.

—No, voy contigo.

—Está bien, pero prepárate a ver algo desagradable.

Descendieron los peldaños hasta encontrarse en la cripta y ver los sepulcros. Cuatro de ellos tenían la tapa de granito un tanto desplazada. Escucharon tenues gemidos y Dalilah se estremeció de miedo.

—Están aquí, Dalilah, será mejor que no mires.

Jacky se acercó a uno de los catafalcos, vio su interior y apartó la cabeza.

—¿Está ahí?

—Es Vera.

—¿Vera también?

—Sí y Marietta y… ¡Ah!

La mano de Erika había salido bruscamente del sepulcro, cogiéndole por el cuello como si fuera la garra de un halcón.

—¡Jacky, Jacky! —gritó Dalilah, asustada terriblemente.

El hombre se asfixiaba por momentos mientras luchaba para liberarse de la garra en que se había convertido la mano de la muerta, mensajera ya del Maligno que rugía bajo las aguas del estanque.

De los rugidos pasó a convulsionarlo todo, demostrando su diabólico poder. Las paredes y los techos temblaron, la tierra misma tembló, el Maligno se resistía a ser diluido por el ácido.

Jacky dio un desesperado tirón con su cabeza y consiguió liberarse de la garra, no sin que ésta hubiera dejado unas señales sanguinolentas en su cuello.

—¡Cuidado, Jacky! —advirtió Dalilah al ver la mano de la momia que, saliendo de otro sepulcro, trataba de apresar al hombre por la espalda cuando éste retrocedía para escapar de Erika.

El techo de la cripta se agrietó debido a las convulsiones del Maligno y comenzó a caer tierra.

—¡Salgamos de aquí!

Todo el museo temblaba, se resquebrajaba por momentos. Los dioses mutilados caían al suelo tratando de aplastarles a su paso, era como si el Maligno de los atlantes quisiera vengarse en su agonía y sepultarles, mas su poder mermaba por momentos y no lo consiguió.

La pareja logró salir del edificio cuando todo él se venía abajo en medio de un estruendo. Del centro del estanque continuaban saliendo vapores blancos, ya no había gritos. El poder de aquel ente maligno que adoptara la forma de una piedra se había diluido con el vitriolo.

—¡Jacky, Jacky, qué miedo he pasado! —gimió Dalilah.

—No sé si alguien vendrá a preocuparse por estas minas. La cripta habrá quedado sepultada.

—¿Qué vamos a hacer?

Jacky se tocó la sangre del cuello, las heridas le escocían.

—Nada —dijo—. Sube al furgón, vamos a devolverlo. Esto ha terminado.

—¿Y mis amigas?

—Para el mundo habrán desaparecido incomprensiblemente, eso es todo. Olvídalas, es lo mejor.

Subieron a la furgoneta, que roncó al ponerse en marcha rumbo a la villa.

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 90 Pts